

# El Ruedo



3

VAAYEDRA

2  
Pts.



ENRIQUE  
SEGURA

Un puñado de valientes  
(Dibujo de Enrique Segura)



# El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA  
FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año III → Madrid, 7 de marzo de 1946 → Núm. 89

## Digame

AÑO VII — MADRID, JUEVES 28 DE FEBRERO DE 1946



Extraordinario

Portada del número extraordinario de «Digame», dedicado a la Fiesta Nacional y que, como en otras ocasiones, ha obtenido un gran éxito por su cuidada presentación, variedad e interés

## PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



NUESTRAS plumas, las de críticos y escritores taurinos, emprenden cada año, sobre todo en el paréntesis invernal, diversas campañas cuyo común objetivo es la exaltación de la fiesta. En ocasiones no podrá pareerlo así, sobre todo cuando las protestas o demandas adquieran formas acres y hasta violentas; pero es innegable que todas son movidas con el mismo alto fin de propagar las bellezas y los atractivos de la fiesta de los toros. Contra el toro chico; contra apetencias exageradas de ganaderos, diestros o empresarios; en favor del público; para

proteger los intereses de los más modestos; para que la fiesta, en suma, recobre o sostenga cuanto le dió más prestigio y categoría, siempre encontraremos palabras escritas de absoluta buena fe y totalmente desinteresadas. Queda, sin embargo, un tema al margen de tantas opiniones y polémicas: el toro llamado bufo.

Este toro bufo que, paradójicamente, florece junto al toro trágico, no debiera figurar entre los espectáculos taurinos. Considero —muy particularmente tal vez— que, pese a estar incluso reglamentado como tal, estaría mejor encajado entre los espectáculos circenses. Aun dejando a un lado —que no debemos dejarlo— la crueldad de la lucha de hombres e incluso máquinas, con becerretes o vaquillas sin el menor poder ofensivo, resulta un ultraje para los protagonistas de la fiesta las parodias que se realizan de las diversas suertes del toro.

Ni siquiera concibo que en el mismo lugar en que por la tarde un hombre fué —o pudo ser— mortalmente herido o aceso muerto, se pueda celebrar por la noche tan grotesca parodia del mismo espectáculo. Pero encuentro aún más intolerable que el tal espectáculo se anuncie como taurino, que como taurino se reseñe luego en las correspondientes secciones de los periódicos y que, en fin, intervengan en él los hombres llamados de «negocios taurinos».

En esta época del toro irremisiblemente chico, se da lugar a muchos perjuicios, que suelen recaer especialmente sobre los diestros. «¡Así los toreaba Llapisera! ¡Mayores que ése se los he visto torear a Charlot!...» Y muchas frases de este estilo saltan de los tendidos en corridas de toros.

Creo, tan modesta como sinceramente, que a eso no hay derecho; que por un elemental decoro de la fiesta brava, las cosas del toro bufo deben quedar relegadas a otras secciones de los periódicos, junto a las de circo, por ejemplo. Y esto sin ahondar en ese horrendo y nada-gallardo espectáculo que puede ofrecer un becerro estrellando su tierno testuz contra las planchas de acero de un automóvil.

# AYER Y HOY LA MUJER EN LOS TOROS

Por ANTONIO CASERO



ANTONIO CASERO \*

# Por España y América

**Arruza en viaje de recreo por Méjico.-El Boni confirmó la alternativa.-Paco Gorráez toreó su corrida de despedida.-Homenajes a Paco Segovia y a Curro Meloja.-Conferencia de Mr. Walter Starkie.-Lorenzo Garza, gerente de la nueva Plaza de Méjico.-Pepe Luis Vázquez, Pepín Martín Vázquez, Armillita, el Boni, Paco Lara, Luis Mata y el Yoni regresan a España.-Manolete se despidió de la afición mejicana y con Carlos Arruza se trasladó a Lima**

**L**EGO a Méjico Carlos Arruza. En viaje de recreo, según dicen y nosotros creemos. No comprendemos que el torero mejicano, que toreó en España ciento doce corridas en 1945, no actué en Méjico. Razones de peso habrá para que tal cosa ocurra; pero aunque así sea, no deja de extrañar lo sucedido.

El martes, día 26, confirmó la alternativa en la capital de Méjico Rafael Pérez, Boni. Fue su padrino Manolete, y actuó de segundo espada Luis Procuna. El ganado, de Llaguno, fue pequeño y difícil. Además, el viento huracanado, que reinó durante todo el día, dificultó la labor de los diestros. Dicho está que la corrida fue mala, a pesar de que los matadores hicieron cuanto pudieron por lucirse. Para los tres hubo aplausos.

Paco Gorráez toreó su corrida de despedida el miércoles, día 27, en Méjico. Le acompañaron como espadas Silverio Pérez y Manolete. Los toros, de la ganadería de Aja, fueron bravos. Manolete cedió sus honores para los niños desvalidos.

Gorráez brindó la muerte de su primero a Arruza. Sólo sabemos que mató al toro del brindis de tres estocadas. Al cuarto le hizo una buena faena y lo mató bien. Le fue concedida la oreja.

Silverio Pérez, mal en sus dos toros.

Manolete, regular en uno y bien en otro.

Este Gorráez, que se ha despedido de la afición mejicana, no logró destacar más que por su valor. Un valor muy teatral, y que, a veces, producía hilaridad. Se dio a conocer en su país en 1925. El 17 de febrero de 1929 Luis Freg le dio la alternativa en El Torno, con toros de Anteco, y José Ortiz y Vicente Barrera de segundo y tercer espadas. El 9 de junio del mismo año, ya en España, Armillita le dio la alternativa en Tetuán de las Victorias, con Lagartijo de segundo matador. Tendió el 21 de julio en Castañuel, y ya no actuó más en España. Veintidós años de torero dan desecho a la despedida, y hasta a esa oreja concedida, muy posiblemente, con no poca benevolencia. Es de suponer que el logro de esa oreja no hará caer a Gorráez que su retirada del toreo ha sido prematura.

Se ha publicado la clasificación definitiva de matadores de toros y novillos y se han fijado los honorarios de los subalternos, que cobrarán con arreglo a la categoría de sus mostreros. Hoy, naturalmente, una diferencia notable entre lo que cobrará un peón que torea con un matador del grupo español (1.250 pesetas) y otro que actué con torero clasificado en el cuarto grupo (350 pesetas).

En Lisboa se constituyó, el último día de febrero, la Unión de Criadores de Toros de Lidia de Portugal. Podrán pertenecer a ella todos los ganaderos que tengan más de cinco reses bravas. La dificultad estriba en saber qué entienden los ganaderos por reses bravas.

El sábado, día 2, la Peña Taurina Coso ofreció un homenaje al aficionado Paco Segovia. Asistieron toreros, periodistas, escritores, arquitectos y gran número de amigos del homenajeado, al que se hicieron patente las grandes simpatías y el gran cariño que se le profesan.

También el sábado, la Peña Taurina Manolo Escudero, del barrio de Usaca, ofreció una comida al crítico taurino de Radio Madrid, Curro Meloja. Los locales del Club resultaron insuficientes para albergar al número de aficionados que quiso sumarse al homenaje. El señor De Juan, don Cris, tóbat Bervecera, el presidente del Club y don José Alonso Onduña, brindaron por Carlos de Lara. Este dio las gracias y prometió seguir prestando su concurso, en bien de la fiesta nacional.

Mr. Walter Starkie pronunció en el Club Taurino Madrileño una aménisima y documentada charla sobre «La raza gitana». El director del Instituto Británico fue muy aplaudido y felicitado.

Un telegrama, fechado en la capital de Méjico, da cuenta del nombramiento de Lorenzo Garza para el cargo de gerente de la nueva Empresa de la Plaza de la Ciudad de los Deportes, y añade que tal nombramiento ha suscitado numerosos comentarios entre los aficionados. Comprendemos las razones que han determinado la designación de Garza, y no olvidamos las que pueden tener esos extrañados comentaristas. Garza es torero y ganadero, y, por otra parte, ha demostrado su suficiencia para seguir negocios importantes. Creemos que no puede encontrarse hombre más capaz que Garza para orientar los destinos de esa nueva Plaza de Toros; pero no estamos muy seguros de que Lorenzo haya aceptado el nombramiento.

Algunos toreros han emprendido desde Méjico su viaje a España. En un puerto norteamericano embarcarán los españoles Rafael Pérez, El Boni, Paco Lara, El Yoni, Luis Mata y Pepín Martín Vázquez, con sus peones, y los mejicanos Juan y Zenaido Espinosa. Fermín Espinosa saldrá para España en avión. Y se anuncia el regreso de Pepe Luis Vázquez. En el telegrama, que da cuenta de la salida de Méjico del torero de San Bernardo, se afirma que ha emprendido el viaje inesperadamente, como se aclaró en el que hace unos días daba cuenta de la reunión que Manolete tuvo con los directivos de la Unión, que había sido notada la ausencia del sevillano. Oseito, corresponsal taurino en Méjico de la Agencia que transmite a España la información de las corridas allí celebradas, no pierde ocasión de mostrar la antipatía que siente por Pepe Luis Vázquez, torero excepcional, lo quiera o no Oseito.

El día 28 de febrero hubo festival taurino en la ciudad de León (Guamajuato), en beneficio de las víctimas de los sucesos ocurridos en dicha ciudad durante el mes de febrero. Actuaron Manolete, Gitanillo de Triana, Antonio Velázquez, Fermín Rivera, Angolete y El Callesero. Velázquez y Angolete fueron los triunfadores.

El domingo, día 3, hubo novillada en la plaza sevillana de La Pañoleta. Con este festejo se inauguró la temporada taurina en Sevilla. Antonio Márquez y Fernando Lara, Larita, se las entendieron con cuatro novillos de fin Juan José Cruz. Antonio Márquez toreó bien y mató mal. Larita, valiente. En el último novillo se arrojó al ruedo el primer espontáneo de la temporada. Se trata de un muchacho de dieciséis años, natural de Alcalá de Guadaíra, llamado José García, Romerito. Este jovencito dió unos muletazos por alto y tres naturales estupendos. El público le aplaudió mucho y pidió al presidente que le perdonara. Como La Pañoleta es una plaza en la que de ordinario sólo se dan encierros, el representante de la autoridad accedió a lo que se le pidió, y Romerito, feliz y triunfante, es, desde el domingo, popular en Sevilla. No pretendemos aguarle la fiesta al joven José García; pero al leer la noticia de su éxito, hemos recordado muchos casos de espontáneos que fracasaron cuando se vieron con traje de luces. Que Romerito tenga más fortuna.

En La Línea de la Concepción se celebró el domingo un festival taurino a beneficio de la Casa del Anciano. Se lidiaron seis novillos de la ganadería de Esteban González. Julián Marín y Juanito Ordóñez, Niño de la Palma, cortaron orejas. Manolo Martín Vázquez, Valencia III, Rafael Martín Vázquez y Ricardo Balderas, fueron ovacionados. El resultado artístico del festival fue magnífico. Manolo Martín Vázquez demostró que ha recuperado sus facultades físicas y que se encuentra en inmejorables condiciones para remendar sus actuaciones en los ruedos.

El domingo llegó a Madrid la noticia de que en la capital de Méjico se suspendió el sábado una corrida de toros porque las autoridades rechiban a los mejicanos costarse el dinero en tales espectáculos los días de labor. No hemos recibido confirmación de esa noticia, y por ello nos abstenemos de comentarla.

El día 3 se despidió Manolete de la afición mejicana. Despedida apoteósica. Cortó la oreja de su primer toro y, a la terminación de la corrida, fue ovacionado.

Ricardo Torres cortó una oreja en cada toro, y Silverio Pérez mereció los broncos que sus paisanos le dedicaron.

Al día siguiente, Manolete, acompañado de su apoderado y de sus peones, salió en avión para Lima. En el mismo aparato viajaban, también con destino a Lima, Carlos Arruza y Andrés Garga. Los dos matadores torearán en la capital de Perú varias corridas juntos.

Arruza ha estado en Méjico en viaje de recreo. El fenómeno mejicano no ha querido torear en su país.

Larita, el novillero que actuó el domingo en la Plaza de La Pañoleta, fue achuchado diversas veces por el cuarto novillo durante la faena de muleta. Al quitarse el traje de luces vio que estaba herido. Se trasladó al Equipo Quirúrgico municipal, y allí fue curado de una herida que interesó el músculo cuádriceps, de pronóstico aún grave.

El domingo torearon en Lima El Estudiante y Belmonte. El ganado, de Fermadini, bronco y difícil. Los matadores fueron aplaudidos.

B. B.



ARRUZA



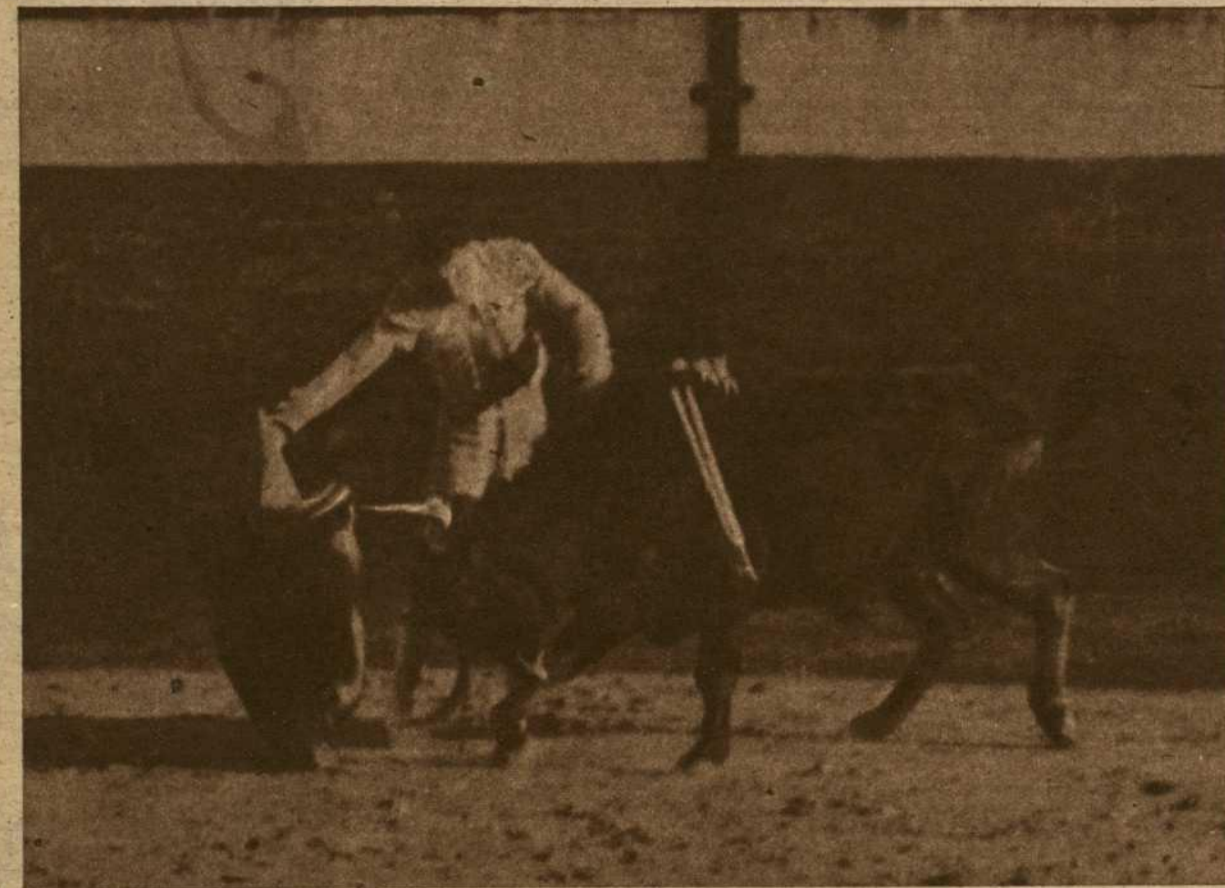
LORENZO GARZA

Pepe Luis Vázquez, Pepín Martín Vázquez, Armillita, el Boni, Paco Lara, Luis Mata y el Yoni, que regresan para España





Antonio Márquez romatando un quite en la primera novillada celebrada en La Pañoleta



Larita en un muletazo en esta primera corrida del año taurino



Momento de iniciar el pasillo los novilleros



El público, con deseos de ver, llenó la plaza

## SE INAUGURA LA TEMPORADA OFICIAL TAURINA

### La primera

Se ha celebrado en el ruedo sevillano de La Pañoleta la primera corrida de la temporada. Una novillada con picadores y al frente de las cuadrillas, Larita y Antonio Márquez (hermano del infortunado matador de toros, Pascual Márquez, de imborrable memoria), ha sido el primer festejo taurino de esta temporada, que se inicia bajo el mejor auspicio: la gran afluencia de público. Si tenemos en consideración la distancia a que está el simpático ruedo de Sevilla —en el pueblecito inmediato de Casanueva— los precios (no muy confortables) y la indecisión del tiempo —con amenaza de lluvia—, el hecho de haber acudido mucho público a La Pañoleta denota que, ahora, la gente está deseosa de toros. De parte del público no va a estar el pretendido abaratamiento, de tanto se habla en éstos meses.

La Pañoleta —digamos sobre esta placita algunas cosas, que bien se las merece— es una placita de unos 150 espectadores, sin barrera, de pequeño ruedo, donde se ha hecho antesala en Sevilla, antes de ir al ruedo de Maestranza. Ha sido siempre un poco el pórtico de la grande y famosa Plaza sevillana. En esta placita —pasó por muchas manos, y ahora está en las de Francisco Casado, ganadero, ex torero cómico (el célebre Pángón) y hombre de negocios taurinos— se han hecho muchos novilleros, y de entre los últimos matadores de toros que en ella forjaron sus bases para la fama destacan Pascual Márquez —hace años herido de muerte en la misma Plaza— y Manuel Álvarez Anón. Con esta crónica recogemos algunos ángulos gráficos de La Pañoleta, con sus patios pequeños, su enfermería al milde y sus chiqueros contiguos, en uno de los cuales se para un solo manso —aburrido, con los cuernos desmenuados y toptos, jabonero, bobalicon y gordo—, esperando cumplir sus tristes servicios de "guía".

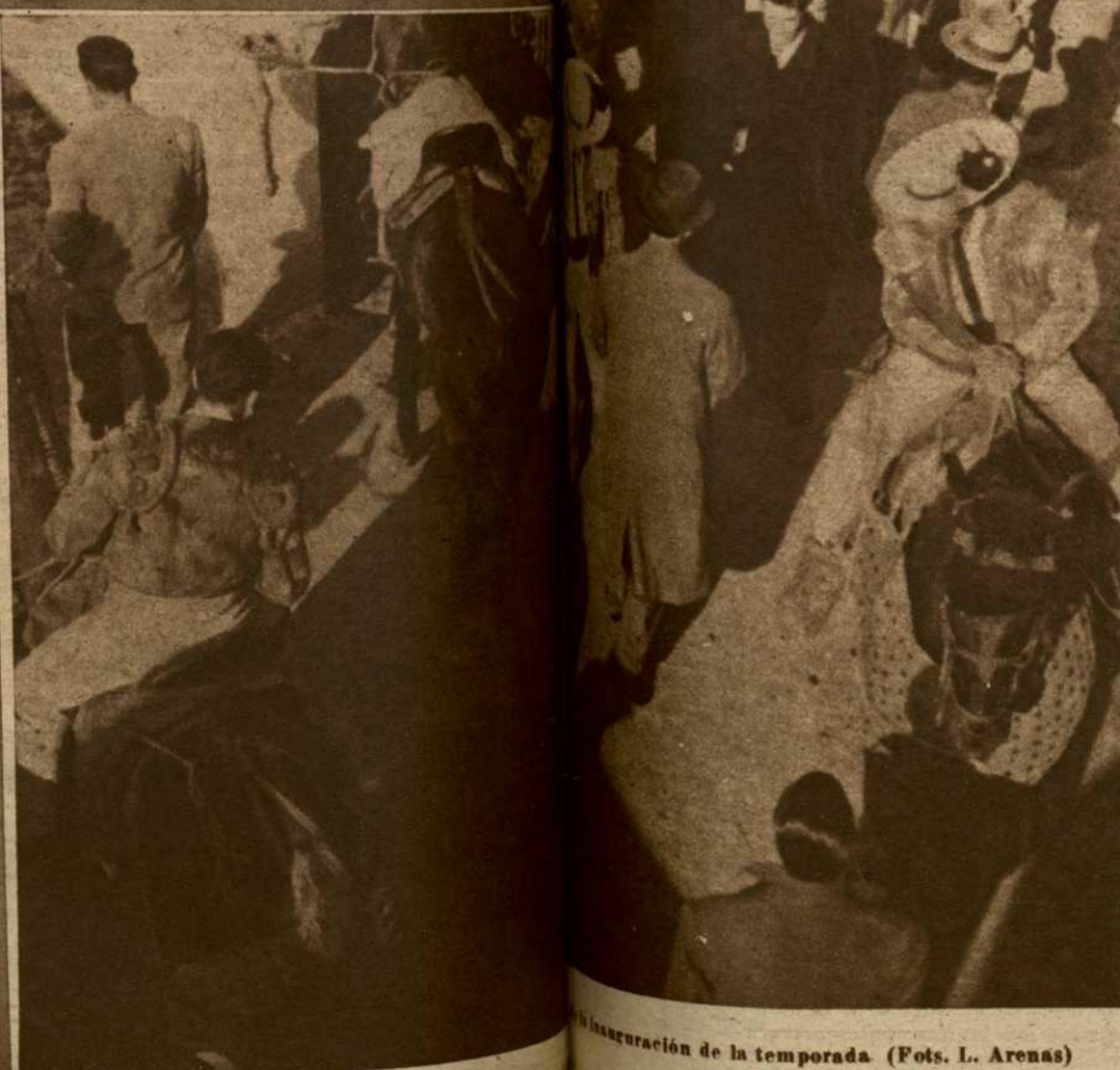
## En La Pañoleta, de Sevilla, actuaron ANTONIO MARQUEZ Y LARITA

### en Sevilla

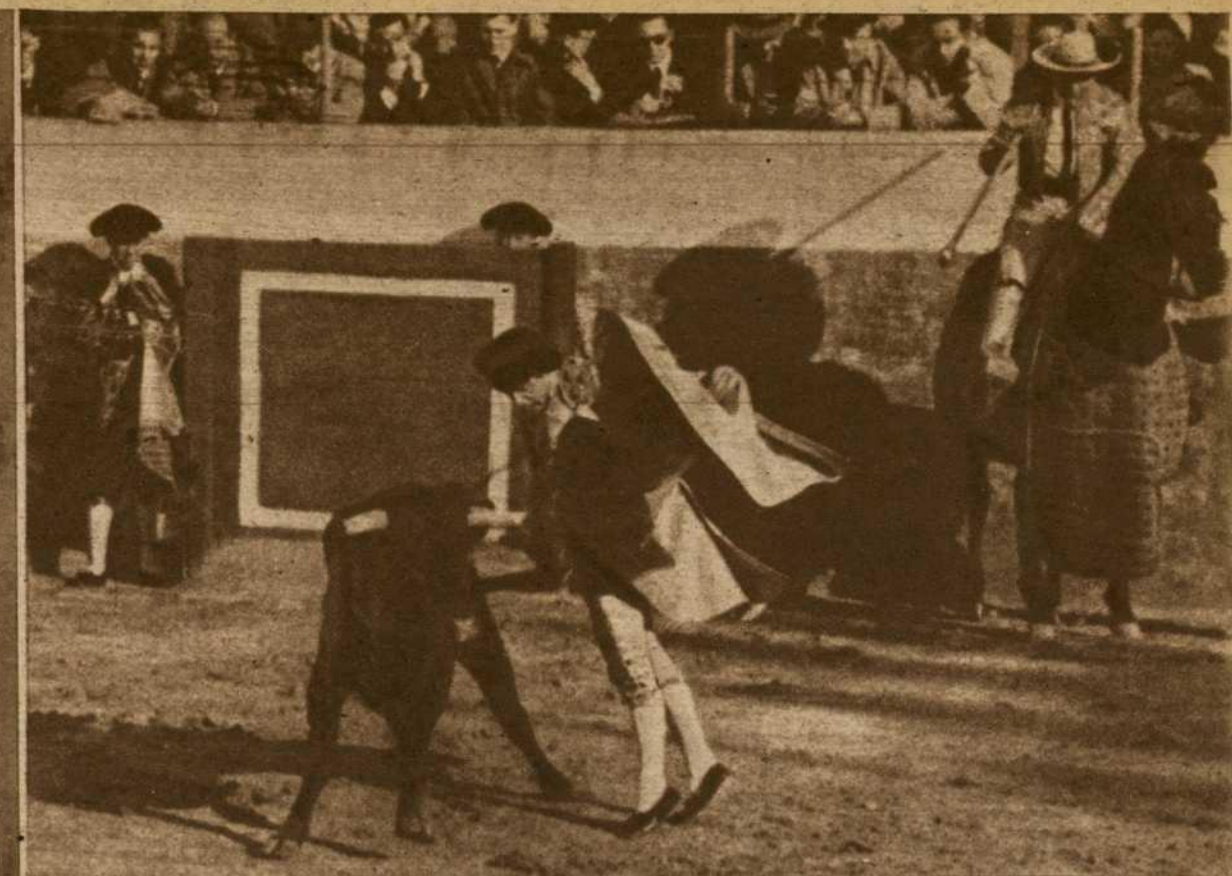
Pues bien: en este ruedecito, con burladeros muy concurridos, y entre los aplausos fáciles del sol y la mirada vigilante de la "buena afición" sevillana (que toda viene a estos festejos por "si sale el toronero"). Larita y Antonio Márquez han lidiado: en esta novillada inaugural, cuatro novillos de don Juan José Cruz. Cuatro novillos que han sido de escaso poder y peso. Tanto Larita como el hermano de Pascual Márquez anduvieron de un lado a otro sin nada relevante. Lo mejor de la tarde —lo mejor plenamente— fueron dos magníficos muletazos que un espontáneo dió al último novillo, aguantándose mucho y templando divinamente. Claro que, probablemente, si se le pone en un cartel, se le acaba el gas. ¿No sería así? Lo demás, nada estimable. Matadores de toros, novilleros, picadores, aficionados de prestigio, empresas que actualmente se encuentran "operando" por el campo de Sevilla han asistido, como público, atraídos por esta fuerza mágica y mística, en la que se apoya, frente a todos sus intereses, la fiesta torera.

A la caída de la fiesta, camino ya de Sevilla, a un lado y otro los apacibles campos donde pastan reses de famosos nombres ganaderos. Todo el mundillo taurino comenta los próximos carteles de la gran Feria sevillana, sobre los que llueven las cédulas y comentarios de todos. Pero el silencio de don Manuel Belmonte (único que tiene —por ahora— la teatral tan severamente guardada?— el secreto de la organización) hace imposible toda noticia cierta. Hecho curioso a preguntas al popular ex torero y empresario y sólo nos ha dicho: —La semana que viene serán anunciados los carteles. Definitivamente. Sólo hay, en este momento, esta verdad: que Sevilla tendrá, como siempre, unas corridas dignas de su rango taurino.

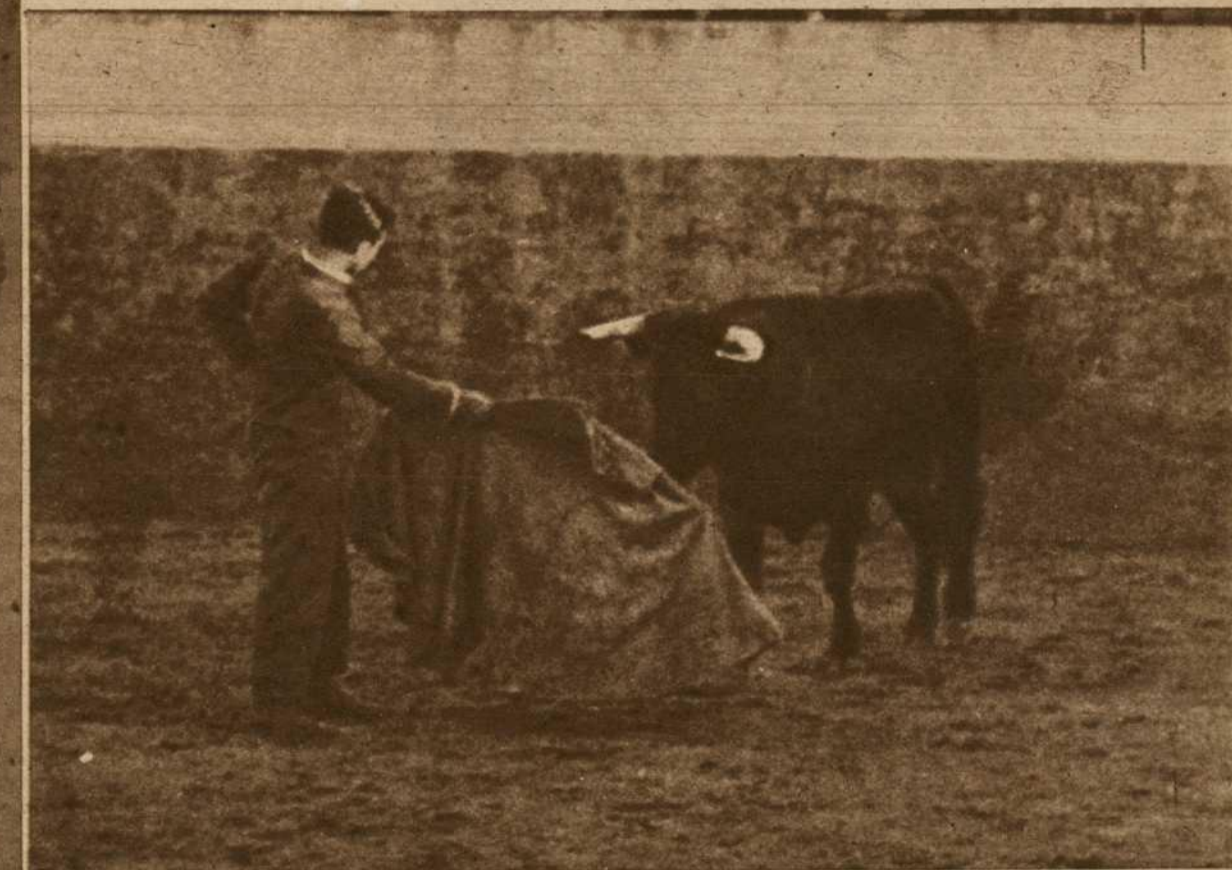
PACO MONTERO



El patio de caballos de la pequeña plaza sevillana



Fernando Lara, Larita, en un quite de la corrida celebrada en Sevilla, en la plaza de La Pañoleta



El espontáneo que, como siempre ocurre, se lleva los mejores aplausos de la tarde



Aspecto de la Plaza de La Pañoleta



La primera vara de la temporada

## DOMINGO ORTEGA vive solo con sus

Por muy admirable que sea el artista Domingo Ortega, me atrevo a decir, después de una hora de conversación con él, que es más admirable aún el hombre Domingo Ortega. Ya sé que como artista pasará a la Historia y será la figura de una época del toreo, porque Domingo no ha sido el chispazo genial visto y no visto, como hubo tantos, sino genio permanente de la totería, una vida entera, de la juventud a la madurez, siempre en su puesto. Pero pienso que a pesar de su valor, su voluntad, su afán de quedar bien, su pundonor, a pesar de todo, y en definitiva, lo primero de su arte, el arte mismo, el sabor fuerte de sus faenas de dominio, lo tiene por la gracia de Dios que le dió tal inspiración. En cambio, el hombre que hoy es Domingo Ortega se lo debe a sí mismo, y en este aspecto íntimo la transformación es absoluta. Un muchacho nacido en la pobreza y criado en la ignorancia, cuando se pone en contacto con el bienestar, lo aprovecha no para vivir torpemente en la opulencia material, sino para cultivar su espíritu, acercarse al mundo superior de la cultura, refinarse. Hoy, Domingo Ortega es un gran señor. No se lo han dado los toros. El dinero sólo hace hombres ricos. El señorío, cuando no se recibe en la cuna, se gana con el esfuerzo personal, con el sacrificio, disputándole a la oscuridad la luz, rasgando tinieblas. Hemos conocido todos la existencia de grandes toreros que conquistaron fortunas y tuvieron cortijos, pero acabaron sus días siendo el mismo hombre que desplegó la capa ante el primer toro. Si Domingo Ortega perdiere sus facultades de lidiador y se quedara, además, sin fortuna, el hombre pobre resultante de esta hipotética tragedia nada tendría que ver con el que en la mocedad salió un día a los ruedos. Aquel campesino es hoy un señor.

Y todo le acompaña para ello. Hasta la inflexión de voz ha sido dominada y educada por Domingo. Su habla es suave, lenta, entonada. Emplea siempre el tono menor, confidencial. La palabra acude fácil y encuentra el léxico preciso para expresar pensamientos nada vulgares. Cuando he ido a verle a su domicilio para que desfile en EL RUEDO por esta galería de «Los toreros en su casa», me he encontrado con que vive en absoluta soledad. No me pueden hablar de él, como de otros, los que comparten su vida hogareña.

—¿Cómo vive usted tan solo, Domingo?

—Cuando perdí a mi mujer —me dice— quedé anonadado. El golpe fué tan tremendo que no tenía ganas de ver a nadie, ni de hablar. Sólo la soledad me consolaba, me devolvía el equilibrio, la paz del espíritu. Cuando logré rehacerme me había acostumbrado a este recogimiento y ya no he apetecido otra cosa. Además —pone Ortega una expresión de melancolía en su cara al decirlo—, no estoy tan solo como parece. Tengo, sobre todo, mis recuerdos, tengo mis libros, mi radio...

—¿No se aburre usted?

—No. No doy lugar para ello. Hago una vida activa y ordenada, muy sana para el cuerpo y el espíritu.

—A eso voy. Como usted vive solo, tendrá que contarme personalmente la vida de este hogar, si quiere ayudarme para que realice la misión informativa que aquí me trae.

—Hablaremos de lo que usted desee.

—¿Madrugador?

—Poco. Me levanto a eso de las diez, bien descansado, porque no trasncho.

—¿Y entonces?

—Estoy en casa hasta mediodía. El aseo, el desayuno, alguna carta, la lectura de los periódicos y revistas... Luego salgo a la calle y voy al café, a tomar el aperitivo, con algunos amigos. Vuelvo a casa porque almuerzo aquí casi siempre. Si no, se entienda conmigo la Manuela...

—¿Quién es la Manuela?

—El ama de llaves. Ella administra y lleva la casa.

—¿Qué servidumbre tiene usted?

—Cinco en total. Buena gente y bien avenidos.

—¿Quedamos en el almuerzo. ¿Es amigo de la buena mesa, abundante?

—De la buena en el sentido de la condimentación y elección de platos, sí. De la abundancia, no.

—¿Come poco?

—Poco. Lo necesario para mantenerme como estoy. No debo engordar.

—¿Y después del almuerzo?

—Todas las tardes monto en el coche y me voy a mi finca de la Sierra. Es un paseo hermoso, y las horas que paso allí viendo cómo marchan las cosas y tratando del negocio, de lo que se compra y se vende, lo que entra y sale, muy distraídas y de mi gusto.

—¿Lleva usted, personalmente, la administración?

—Me cuido de todo porque me gusta, pero las cuentas las lleva mi hermano, y algunas mañanas, como hoy, viene con el papeleo a despachar conmigo.

—¿Es ese joven que he visto al entrar?

—Sí.

—Pues atiéndale, si quiere, y luego continuamos nuestra charla.

—Como usted quiera. Es cosa de unos minutos.

—Sí, sí. Vaya usted.

El hermano de Domingo es un joven alto y bien portado, un hombre que un director de cine americano clasificaría en su fichero como «tipo de secretario distinguido». Mientras despachan ante la pequeña mesa en un ángulo de la amplia sala, contemplo la soberbia mansión de Ortega, que tiene mucho que contemplar. Se trata de una edificación suntuosa, en el paseo del Cisne. Amplios ventanales inundan de luz la es-



El torero despacha con su hermano

## EN SU CASA recuerdos, sus libros, sus cuadros...

El recuerdo que no puede ser más alegre. Las cortinas tamizan esa luz deslumbradora que se filtra en el tono preciso y exacto que halaga a la vista. Allí, en aquella pared, vemos el famoso cuadro de Zuloaga que presenta al torero Domingo Ortega. Otros dos dibujos del gran pintor decoran la pared ante la que nos sentamos. Y allí, al fondo del comedor que ha quedado a la vista al descender Domingo la puerta después del desayuno, se ve una de las obras maestras zuloaguecas: el bodegón de las cinco manzanas. Aquello no es pintura; es la Naturaleza misma. El fruto tiene corporeidad y la piel tersa es auténtica. Pero si hasta parece que llega a nuestra nariz el aroma perfumado! Un reloj antiguo suena con tintineo de plata los cuartos de hora. Dibujos taurinos, cuadros, estampas, bronceos... En el primer recibimiento hemos dejado el gabán sobre el respaldo de un gran sofá. Nos sentamos luego en otro cómodo sillón del segundo recibimiento. Ahora estamos hundidos sobre los blandos cojines del sillón de un tercer recibimiento... Ello da una idea de confort, de comodidad, de blandura burguesa. Y las espléndidas alfombras y las pesadas cortinas completan la nota confortable.

Vuelve Domingo a nuestro lado con ancha sonrisa, el paquete de cigarrillos en la mano y una amable excusa:

—¿He tardado mucho?

—No, por Dios! Sólo los minutos anunciados.

—He visto que contemplaba usted el cuadro de las cinco manzanas, de Zuloaga.

—Sí, estaba entusiasmado mirándole al llegar usted.

—¿Es maravilloso, verdad?

—Cierto. Y veo que a usted le entusiasma también la pintura.

—Así es. Además, a Zuloaga le he tratado entrañablemente, y se funden mi admiración al artista y mi cariño al amigo. Ese cuadro habrá estado reflejado en mis ojos centenares de horas.

Insensiblemente hemos quedado callados. Los dos contemplamos en silencio la obra de arte. Y entre las bocanadas de humo de nuestros cigarrillos, vuelvo a situar el diálogo en el punto en que quedé.

—Hablábamos de su diaria visita a la finca. ¿Y después?

—A la caída de la tarde regreso a Madrid. Así como el almuerzo lo hago casi siempre en casa, la cena la hago casi siempre en la calle. Me reúno con algunos amigos y solemos cenar por ahí, en las tabernas. Me agradan los guisos sencillos y excelentes de estas tabernas madrileñas, sin la salsa complicada de los restaurantes. Después de la cena vengo a casa, temprano, y ya no salgo.

—¿Se acuesta?

—No. Son mis horas de soledad. Mi gente está acostada. Aquí oigo la radio, leo...

—¿Qué lee usted?

—Mire. Ahí están mis libros.

Con encuadernaciones magníficas, Domingo Ortega tiene una biblioteca no demasiado extensa, pero muy selecta. Los grandes escritores, las obras maestras están aquí.

—¿Qué tipo de lectura le gusta más; novela, biografía?

—Lee uno de todo, como es natural. Pero los libros que más me interesan son los de pensamiento.

—Ya veo que tiene usted completo a Ortega y Gasset.

—A don José Ortega le leo constantemente. Mire: aquí tengo este tomo suyo, que estoy leyendo anoche.

Para no abrumar al lector, omitiré aquí la charla sobre el tema orteguiano que el torero expulsa; pero es lo cierto que el juicio está lleno de inquietud espiritual, de originalidad; resulta evidente no sólo que Domingo lee, sino que interpreta y deduce. Sus palabras me llevan como de la mano a hacerle esta pregunta:

—Entonces, por intuición, ¿es usted optimista o pesimista?

—Más bien optimista.

—¿Por qué?

—Porque creo en Dios como la razón final de todas las cosas.

—¿Ve que es usted...?

—Me interrumpen.

—Sí, señor. Profundamente cristiano. Eso sobre todas las cosas. Creo en Dios y espero de Él.

Me dice luego Ortega que, pasada la medianoche, se retira a dormir. Y así transcurren los días. Sólo durante la temporada se rompe la monotonía de este plácido vivir. Es en Madrid, muy poca variación, pues la mañana es como todas, y por la tarde, terminada la corrida, se viste de paisano y se va a cenar con sus amigos en los sitios de siempre.

Una tradición en la vida torera de Domingo es que la cuadrilla se reúne en su casa, todos juntos, maestro y acólitos, van a la Plaza, a la brega, a ese gran interrogante que para terminar, le pregunto:

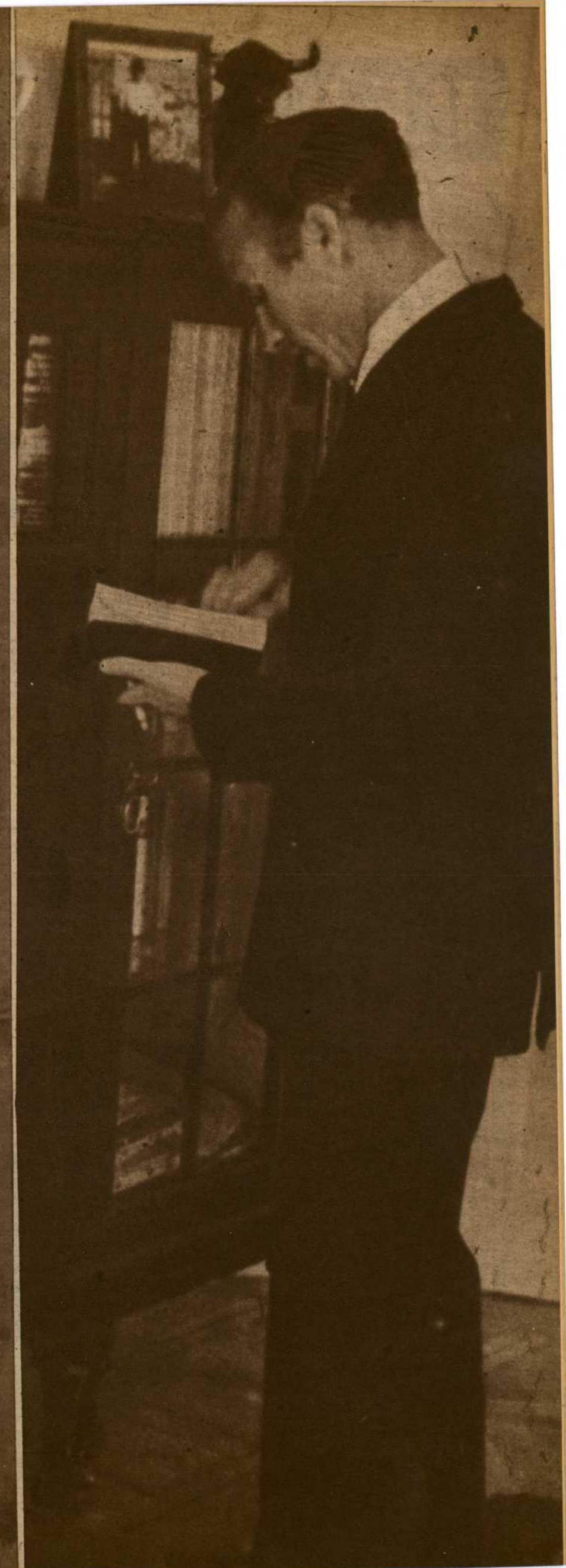
—¿Es usted supersticioso?

—¿Yo? ¡No, por Dios!

—Ea que le hablé de venir a verme el martes, y me dijo que el martes no le gustaba. ¿Se lo dejáramos para el miércoles.

—Bueno! Pero eso... Eso sólo es ¡por si acaso!

Entrechamos la mano de Ortega, esa mano que domina a los toros...



# PEPE LUIS VAZQUEZ

## *El torero de las genialidades*

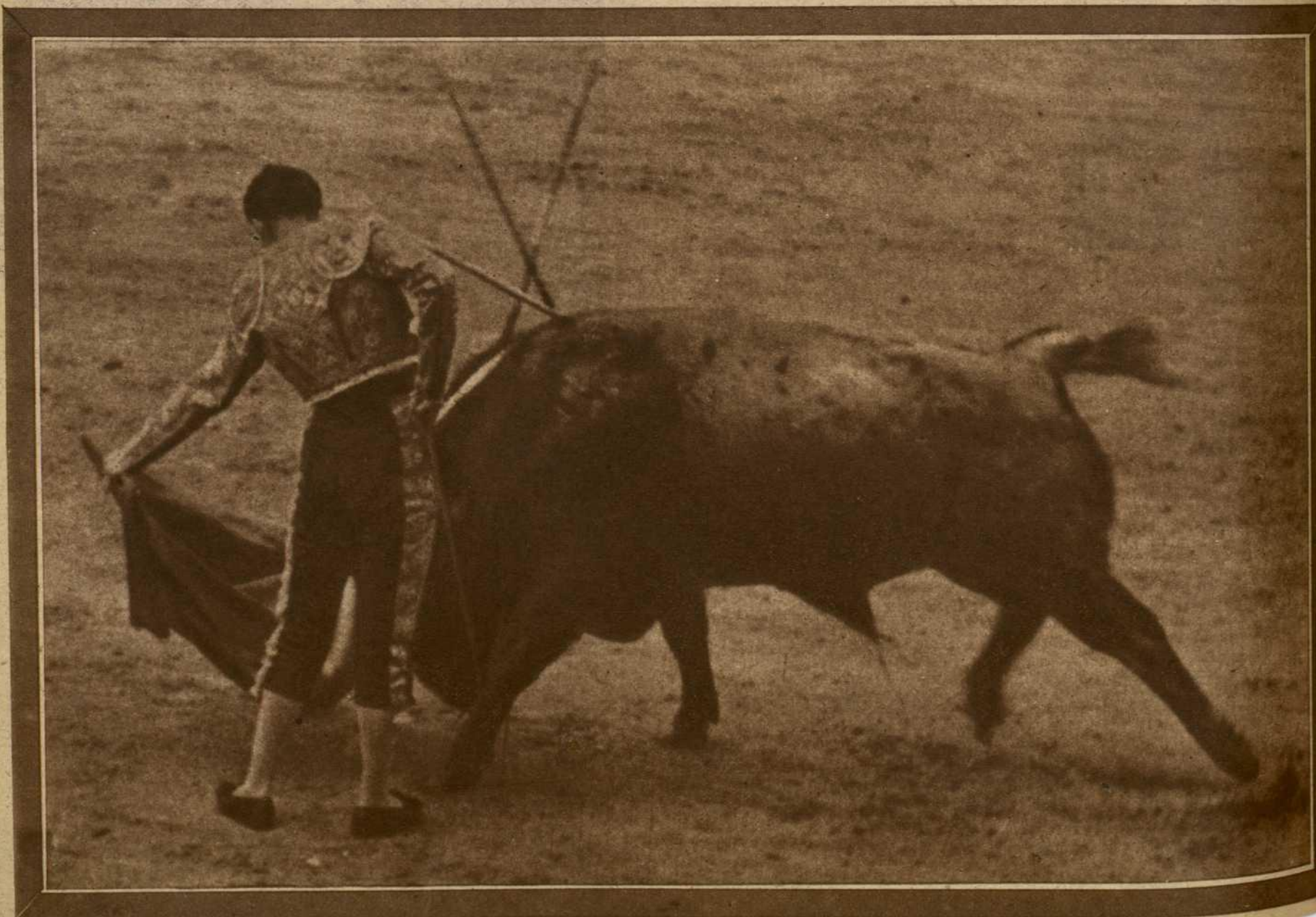
Alguien dijo que el gran torero de San Bernardo es torero por la gracia de Dios. Y en realidad es así. El arte genial, aromado de las más finas calidades, de una belleza estética y sublime que produce escalofríos de emoción, está, al mismo tiempo, impregnado de ese *quid divinum* de gloria de los elegidos. Por eso el toreo de Pepe Luis Vázquez no se explica: se canta, porque las grandezas no pueden explicarse: se cantan. Y es tan grande, tan grandemente gallardo, el estilo y garbo de este formidable matador de toros sevillano, que su nombre alcanza los máximos resplandores en el firmamento taurino, en donde el arte pinturero y genial de este artista sevillano brilla como la más clara y refulgente estrella del toreo.

En 1946, Pepe Luis Vázquez, en plena recuperación artística,



será la máxima sensación taurina del año, y su nombre quedará nuevamente grabado en la mente de los aficionados como la más bella figura taurina moderna.

Gracia, arte, emoción, garbo y estilo inconfundibles son las características de este gran torero de San Bernardo.





SI PASAIS POR CORDOBA...

# EL HEROE, EN SU ESCAPARATE



**B**USCAMOS, incluso en lo inanimado, una pervivencia o supervivencia que lo ligue, a través de la especialización de todo lo material —hasta lo infinito—, a nosotros. Ha de existir sobre la piedra algo —sea roca, sea intención— por lo que ella se signifique, adopte confianza de signo para nuestra curiosidad. Nada es lo

exacto, sin habersele infundido el mito. Y cuando éste se halla vigente, cuando nuestro paso linda la respiración de la Historia y no su estadístico testimonio, entonces la impresión es doble. Interesa, más que la Arqueología, ese indecible riesgo con que se plantean frases de «yo llegué a conocerle cuando él era ya muy viejo, y...»

Lo que continúa interesándome más de Córdoba es, así, el Guerra. Bueno y conforme que floten todavía por aquel aire de torres decapitadas ciertas sensaciones arquitectónicas; fluctúan sobre el ánimo del visitante y encalabrinan los sentidos, hasta el punto de que, a los que no estamos acostumbrados a esas ciudades fuera de serie, consiga casi la estupefacción lanzarnos por simas de mala literatura. Pero la Historia viva, precisamente, nos salva, con su solera a medio madurar aún. Si pasáis por Córdoba entre cinco de la tarde y nueve de la noche, deteneos un momento en la esquina que forman el paseo del Gran Capitán y la calle de Gondomar.

En la última —una de esas breves calles tan inexplicablemente amadas en provincias: librerías, perfumerías, camiserías horripilantes, un café a cada extremo —hállase situado el Club Guerrita. Es una salita alargada, con alto zócalo de esos ladrillos de colores con que los pueblos del Levante higienizan sus letrinas. Dentro hay cuatro veladores de mármol, pocas sillas y creo que tres cabezas de toro, pareciendo asomarse al muro entre un vuelo de moscas que las reducen a cierto pacífico color café. Toda la parte que da a la calle es una inmensa cristalería; por ella podéis ver su interior, con un par de clientes a lo sumo. Y al foro izquierda —tan teatral es, que debe adoptarse esa terminología—, ante su velador, sin tomar nada, sin compañía ninguna más de una vez, Rafael Guerra, Guerrita.

¡Qué buen espectáculo! ¡Qué clara conciencia de la dimensión propia! Incluso el no aficionado a los toros alcanzará en sus términos la figura del viejo lidiador. Pensemos cuánto representa en el recuerdo de tantas gentes y en qué interesante punto de mirar y de ser mirado le cupo



vivir. Epocas en que los toros eran un eje peninsular. Este hombre, que gozó de merecida fama de sentencioso, o sentenciador, se ha dictado su propia sentencia, sumiéndose en tal escaparate; mercurio, en ese cristal termométrico de Córdoba, tras el que ella tranquilice o inquiete su pulso.

Guerrita va al café cada tarde, estatua semoviente, monumento de cinco a nueve y media, protagonista del recuerdo, lidiador de los años, verdad de sí mismo. Es la institución más noble que pueda suponerse a unos milímetros de cualquier veladorcillo de mármol. De negro, con su negro sombrero de ala ancha, entierro vivo. Va a que le vean. A que nadie pueda mentir; a que no puedan desorbitarse los hechos hasta convertirle en un héroe de fábula.

Conviene elogiar la actitud —y lo que fué tal y dejó de serlo: la ex-actitud, exactitud— de este hombre para consigo mismo. «El héroe (escribí hace años) es una equivocación del orden»; y debe comprender, cabe añadir ahora, que, llegando a tal carácter, no puede ya jamás bajarse de aquel pedestal de su equivocación. No le incumbe, en modo alguno, decidirse a aquello de «voy a poner orden en mi vida». ¡No! El haber sido lo que fué obliga a algo; si es preciso, a morirse derecho, desdeñosamente, mientras los ratones se le comen desde el talón a las rodillas. Con nuestra guerra, hemos asistido a una cosecha de heroicidades. Y su cundir motivaba un tanto la desvalorización. Ciertamente el heroísmo bélico es siempre forzado, y momentáneo también, lejos del continuadísimo, oficioso, gratuito, del torero. Pero si recurro a este ejemplo es porque me parece dictar las más claras normas de conducta para consigo mismo —arrancadas del catecismo, casi— de cuantos deberían también considerarse ejemplares. Porque, por encima del héroe improvisado y juvenil, jovial, hay cuatro o cinco —o diez o doce— marcados desde luego para puesto preferente por el ala del ángel. Y esos deberían cuidar con máximo esmero las lunas de su escaparate, como lo hace

el Guerra. No descender nunca ya a la vida ordenada —es decir, con pleitos— de los hombres; no hacer posible el contacto, que trae la controversia. El héroe, sin dejar de serlo, puede perderlo todo menos la unanimidad. Y, para ello, aun ignorando su teorema, debe prevenirse con aquel Fursichsein, o «ser-para-sí», de Hegel: el «Yo», frente a sí mismo.



FELIX ROS

# EL CARDENITO

**H**ABLABAMOS el otro día del pelo de los toros, de la importancia que muchos dan al pelo de los toros. Divagaremos hoy un poco en torno al cardenito. Cárdena se llama a la res que tiene mezclado pelo negro y blanco. Suelen ser muy bonitos los toros cárdenos. No sé por qué entran por los ojos.

Es la hora del apartado. Van llegando los toreros, los aficionados, los taurinos. La corrida está en un corral. Como haya un cárdeno, ya se sabe, en seguida se oyen voces como piropos.

—¡Mira el cardenito! ¡Huy el cardenito! ¡Cómo va a embestir!

Y no sólo los tendidos se fijan en el cárdeno, sino las mujeres que van con sus maridos, ¡hasta a los apartados! para no dejarlos solos, reparan en él y dicen:

—Ese toro es guapo; está canoso siendo joven, como aquel actor que me gustaba tanto.

Se comprende que el marido sienta tentación de tirarla al corral a ver lo que hacía con ella el cardenito. Pero como hay gente delante, se contiene.

Cuando el cárdeno es muy claro se le llama romero; cuando muy oscuro, con algún rodal, entrepelado; a los que tienen manchillas blancas, redondas, estornino; mosqueado, a los de manchillas negras; nevado a los que lucen pequeñas e irregulares manchas blancas, y salpicado, si las manchas son de diferente tamaño, grandes y pequeñas.

¡Qué eufónicos son estos nombres, qué bien suenan! ¡Cárdeno romero! ¡Cárdeno nevado! Son versos sueltos del gran poema del toro.

Muchos toreros muestran gran predilección por los cárdenos. En el apartado, el banderillero de confianza, que es el que interviene en la muchas veces ardua tarea de hacer los lotes, pide al santo de su devoción que les toque el cardenito. Porque siempre se le llama en dimi-

nutivo, para expresar así mejor la admiración. ¡Vaya cardenito entrepe-lado! Y cuando en el sorteo mete la mano y saca el número del cardenito, el banderillero se alegra ante la perspectiva, para él segura, de que su matador le cortará las orejas. Y al llegar a la fonda para darle cuenta del lote que le correspondió, le informa con alborozo:

—Nos ha tocado un cardenito salpicado que es un dije. ¡Más bonito es que mil duros! Bien de cabeza. Aquí —y contrae en arco sus dedos índices—. Fino de remos. Y el mayoral me ha dicho que tiene muy buena nota. No tiene más remedio que embestir. Le he echado por delante.

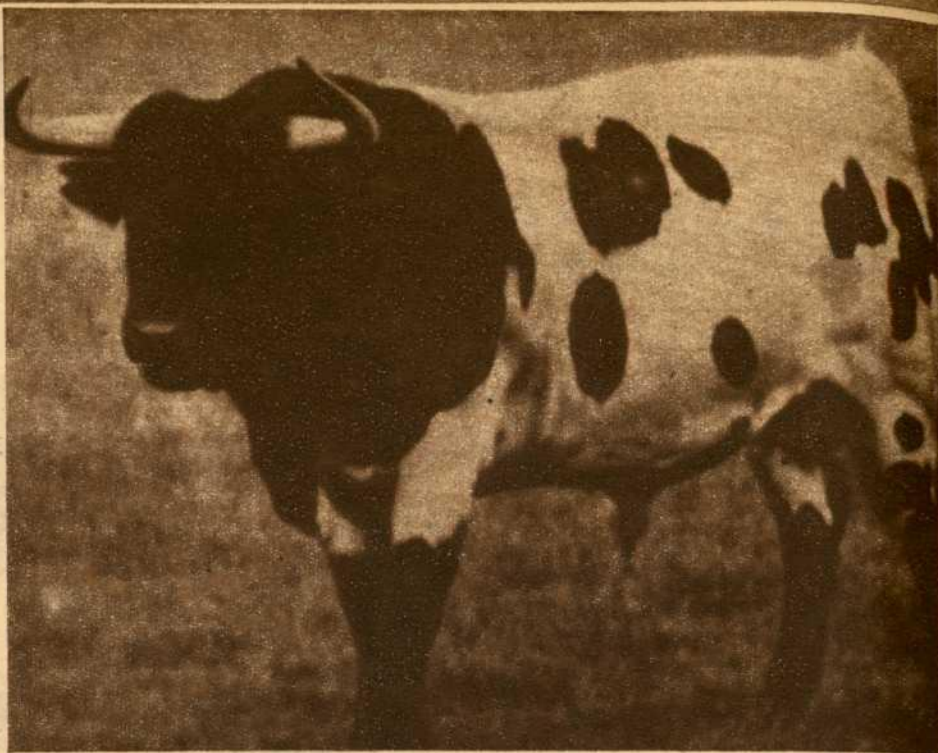
El matador oye los elogios del cardenito con aparente aire distraído, pero con cien oídos, y cuando se queda solo, a la hora de comer, que para los toreros es una horita que se las trae, piensa en el cardenito, en cómo saldrá.

Y los amigos officiosos que se han enterado de que el cardenito es para su torero, lanzan las campanas al vuelo:

—¡Nos ha tocado el cardenito! ¡Menuda la vamos a armar!

Y animan al matador.

—¿Te acuerdas de aquel cardenito del conde de la Corte que te tocó en Valladolid? Pues éste es parecido.



Y tiene que salir como aquí.

A veces, demasiado a menudo, el tan cacareado cardenito sale tirando coces manso y con mal estilo. Consternación general.

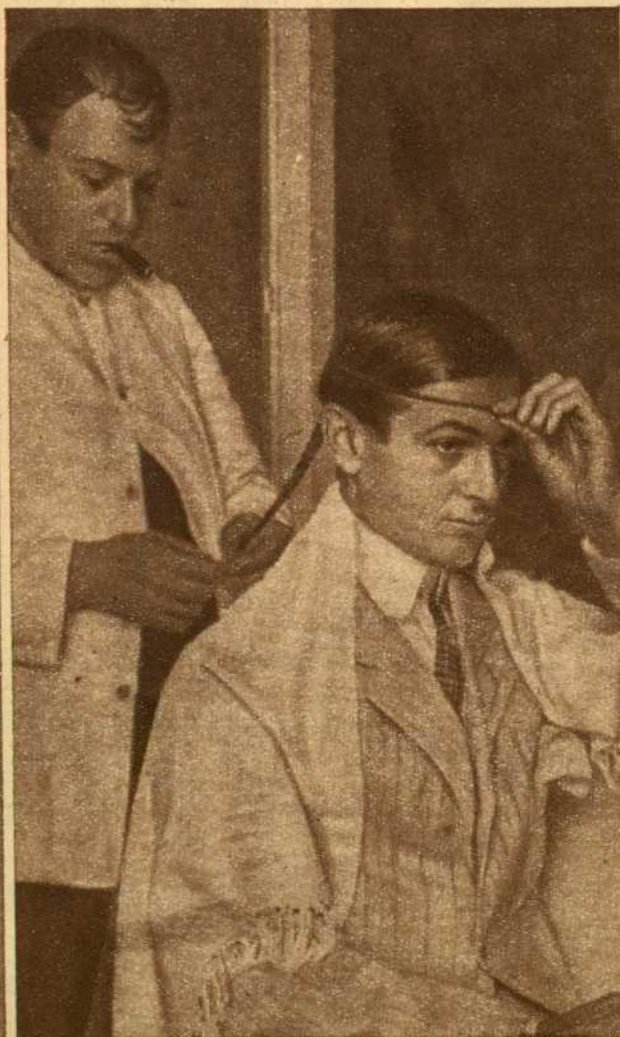
Pero esto no obsta para que en otra corrida se entusiasme todo el mundo, si entre las reses figura un cárdeno.

No me atrevo a entrar en consideraciones sobre los motivos de este secreto de los cárdenos. Consigno el hecho y averíguelo Vargas. Los cárdenos son entre los toros, y séame perdonado el símil, como esas mujeres que tienen ángel, sin ser bellezas perfectas, graciosas, risueñas, que atraen las miradas y provocan el piropo, incluso a sesudos varones.

ANTONIO DIAZ-CAÑABATE

## A PUNTA DE CAPOTE

# LA COLETA



**P**OR qué ha desaparecido la coleta del perfil castizo del torero?

La coleta, signo individual, inconfundible, del lidiador de reses bravas, era más, infinitamente más, que un vestigio capilar de la red-cilla dieciochesca. La coleta era el torero en esencia y en silueta racial. Aun hoy mismo, si queremos representarnos al matador de toros en su imagen plástica y viva, le imaginamos sin querer con su histórica coleta, rasgo diferencial que prestaba al rostro del torero en la calle un no sé qué de brava hombría como algo definidor de una vida en perpetuo trance con la muerte. La coleta era el orgullo del torero hecho y la ambición acariciada del torero por hacer. Los pelos de la coleta son pelos de recia virilidad. En las vitrinas de un museo taurino sería de la más curiosa trascendencia la coleta de un Montes de un Chiclanero, de un Cúchares. Por su carácter de íntima reminiscencia personal, serían algo así como reliquias representativas de hombres y de épocas. La coleta era el complemento del traje de majo, del corto; hechuras toreras enraizadas en el alma popular. El traje corto representaba la firma del que lo vestía, y la coleta era su rúbrica. ¿Por qué, pues, ha desaparecido tan anónimamente, que apenas lo echamos de menos en los toreros del día? Y sin embargo, en idea, aun subsiste, y subsistirá la coleta. Aun decimos de los toreros gente de coleta y aun llamamos *astros coletudos* a sus figuras impares.

Otro aspecto nos queda, por demás interesante: el momento en que la coleta, al caer de un tijerazo, era un punto entre dos vidas; la vida candente y estrepitosa del redondeo, y la otra vida del goce de una bien ganada ancianidad. Así Lagartijo y así Guerrita. Y así también la ceremonia del corte de la coleta cobraba un sentido familiar entrañable al par que un significado histórico en las viejas estampas del toreo.

¿Y la mujer? La mujer del torero, esposa enamorada o madre amatísima, aborrecía la coleta del hombre amado con toda su feminidad; y la aborrecía tanto como su amor la acariciaba, peinaba, trenzaba o destrenzaba. Transigía con ella como el mal necesario que le llevaba el bienestar indeclinable; pero cuando era *suya*,

cuando, al fin, la tijera ponía en sus manos el porvenir sin inquietudes... ¡qué explosión de infinita alegría! ¡Qué paz en el alma conturbada por el sobresalto de la espera perenne del telegrama tranquilizador!

Así, Lagartijo se deja cortar la coleta por la compañera de su vida. El momento, hondamente significativo, tiene lugar en su finca Pendojillas, cabe la sombra patriarcal de una encina centenaria. El veterano espada, sentado en rústico escabel, siente la mano cordial en la nuca; y esos instantes, con ser breves en el tiempo, son largos para el espíritu. En ellos desfila en ráfaga una historia sin par, decapitada, al fin por un simple chasquido de tijera. La mujer del hogar llora de alegría, y el hombre, mutilado como Sansón en lo que fué su fuerza, reabsorbe su alma en la contemplación absorta de aquel sol que ha de calentar sus huesos en los años posteriores y de aquella su tierra natal, bella y brava, cuna en lo pasado, cobijo en lo presente y sudario en lo futuro.

No hay figura más patética que la de Luis Mazzantini cortándose él mismo la coleta y enlazándola a la muñeca de su difunta mujer para que se la llevara a la tierra. El desolado viudo estimaba en tanto su coleta, que la puso en el cadáver como una proyección de sí mismo...

Mucho se podría decir de la ceremonia del corte de la coleta en todos los toreros y en todos los tiempos. Atengámonos, por el momento, a la ocasión histórica en que la coleta desaparece de un modo callado y subrepticio. ¿Cuándo? Ello parece ocurrir cuando se apagan en el cielo taurino aquellas dos estrellas que se llamaron Machaquito y Bombita. "¡Corta!", le dijo Machaquito a su peluquero cuando éste se acicalaba en su cuarto del "Palacio", de Madrid. Y, sin más ceremonia, terminó allí mismo la vida torera del valiente cordobés. En cuanto a Ricardo Torres, podría explicarse su desvío por la coleta, si se tiene en cuenta su buen gusto refinadamente aristocrático. El benemérito fundador del Montepío de los Toreros era, antes que un gran torero, un gran señor. Y un gran señor...

FEDERICO OLIVER

# ROBERT KIEVE se siente en la plaza como un español que presenciara un partido de "baseball" en Norteamérica

**A** CABAMOS de conocer a Robert Kieve. Robert Kieve es americano, de los Estados Unidos. Acaba de publicar un libro que se titula «El arte radiofónico». Lleva en España dos años y medio. Charlamos frente a frente, instalados en esos cómodos sillones que son la expresión máxima del «confort» sustentado sobre cuatro patas. Robert Kieve era, en principio, contrario a nuestra fiesta de toros. Por la idea que se trajo de ella, no contaba con sus simpatías.

—Cuando yo llegué a Madrid no sabía, naturalmente, una palabra de toros.

—¿Y ahora?

—«Ahor» sigo sin saber una palabra; pero mi primera impresión, mejor dicho, la impresión que traía antes de que me hubiera sentado en el tendido, era totalmente desfavorable a este espectáculo.

—¿Quiere decirnos por qué?

—Yo sólo había leído algunas cosas sobre la fiesta de ustedes, no recuerdo dónde. La conclusión que había sacado era que se trataba de un espectáculo poco deportivo y singularmente brutal.

—¿Caramba! Entonces, ¿vino usted en plan de enemigo?

—¡Hombre, no tanto! Pero, desde luego, no sentía el menor deseo de conocer una Plaza. Tanto, que me resistí a ello durante un año.

—Pero, ¿ni siquiera por curiosidad quiso usted ir a los toros?

—Ya le digo que mis primeros doce meses en Madrid me los pasé sin ir a los toros, sin saber lo que era en realidad una corrida. Mis amigos y mis compatriotas simpatizantes con la fiesta taurina me instaban a que fuese; pero yo me resistía, porque estaba seguro de que iba a pasar una tarde muy desagradable.

—¿Y cómo fué?

—Al fin, tuve que ceder. Me llevaron a ver la corrida de la Prensa del año 1944. Toreaba Manolete. Manolete, me dijeron, era estupendo, extraordinario.

—¿No lo cree así?

—Si he de decirle la verdad, Manolete me entusiasmó poco. No me emocionó.

—¿Atiza!

—Lo que sí comprobé es que la fiesta tenía esa bella parte de colorido que ya había yo imaginado. Le estoy haciendo mis confesiones de espectador novel. No quiero decir que Manolete no sea un torero magnífico, sino que esa primera vez que yo le vi, me dejó... ¿cómo dicen ustedes?

—¿Frío?

—Eso es: me dejó frío, seguramente por mi falta de preparación sobre la materia. No obstante, el es-

pectáculo en sí me hizo cambiar bastante la opinión que tenía formada sobre las corridas. Comprendí que estaba bastante equivocado. Y también comprendí que para disfrutar plenamente de fiesta tan especial e inimitable, había que saber algo sobre ella. Por eso, me decidí a estudiar un poco sobre el asunto de los toros.

—¿De qué manera?

—Primero leí el libro de Hemmingway «Muerte en la tarde». Un extranjero como yo, muy bien puede empezar así, como un vehículo más fácil para iniciarse en el conocimiento de la fiesta brava. Pero pienso profundizar más en el asunto e investigar en la bibliografía taurina española.

—Pero, bueno: después de aquella primera corrida, ¿ha seguido usted asistiendo a la Plaza?

—No de un modo sistemático. Es decir, no soy un espectador constante. Ello se debe a que, según me han explicado, no he tenido suerte. Casi siempre me ha tocado presenciar corridas de calidad inferior, hasta el punto de que en muchas de ellas me he aburrido de un modo horrible, si puedo decirlo.

—Puede decirlo todo.

—Pero de vez en cuando me han emocionado y subyugado fuertemente.

—Menos mal. En esas corridas buenas que usted ha visto es donde, sin duda, fué variando su antigua actitud de prevención.

—Desde luego. Mi idea sobre la brutalidad de este deporte..., ¿se le puede llamar así?

—Por mi parte, no hay inconveniente.

—Pues esta idea ha variado mucho, y puedo decirle que casi no existe ya. Pero aun me falta mucho para aceptarla por completo, cosa que espero ocurrirá si tengo más fortuna en las corridas que vea la temporada próxima. Tengo ganas de ver a Arruza.

—¿De verdad que no le ha visto todavía?

—No. No hemos coincidido.

—¿A qué torero ha visto actuar más?

—He presenciado muchas actuaciones de Manolete. Ahora me gusta siempre. Es que como espectador me voy perfeccionando.

—Y el toreo a caballo, ¿le agrada?

—¡Ya lo creo! Es algo muy vistoso y atractivo. He tenido la satisfacción de aplaudir a Alvaro Domecq, Simao da Veiga, Conchita Cintrón... Pero no tome al pie de la letra mis palabras.

—¿Por qué?

—Porque yo como espectador en una corrida de toros soy algo así como un español que asistiera en mi país a un partido de «baseball» o de «foot-ball» norteamericano, juegos que allí se practican de una manera muy distinta a como aquí se conocen.

—En resumen, ¿le gustan o no le gustan los toros?

—A veces, me gustan; pero ya le digo que no he sido afortunado desde mi asiento. Quizá se deba a esto el que no me rinda incondicionalmente, al menos por ahora, a la indudable atracción del espectáculo; atracción que he sentido alguna tarde aislada en la que todas las partes de la lidia se desarrollaron felizmente. Si quiero significarle un hecho curioso.

—Usted dirá.

—Yo, cuando veo a los chicos jugar al fútbol o a la pelota o a cualquier cosa, me dan ganas de imitarlos. En cambio, no siento el menor deseo de imitar a los toreros. Me parece peligrosísimo lo que hacen, y todavía no acierto a explicarme cómo no los coge la fiera a cada momento, de dónde sacan esa habilidad insuperable para burlar las acometidas.

—¿No se le ha presentado ocasión de torear?

—Estuve en un tentadero en una finca se-

villana el año pasado, pero me quedé quietecito. No, decididamente no tengo alma torera.

—¿Cree usted que en Norteamérica se aclimataría la fiesta taurina?

—En ciertas regiones creo que no sería difícil. En el Suroeste se han celebrado en alguna ocasión, aunque, naturalmente, sin llegar a constituir corridas verdaderas. En los Estados Unidos, donde el terreno para lo taurino está más abonado, es en Arizona, Nueva México, Nevada, Texas...

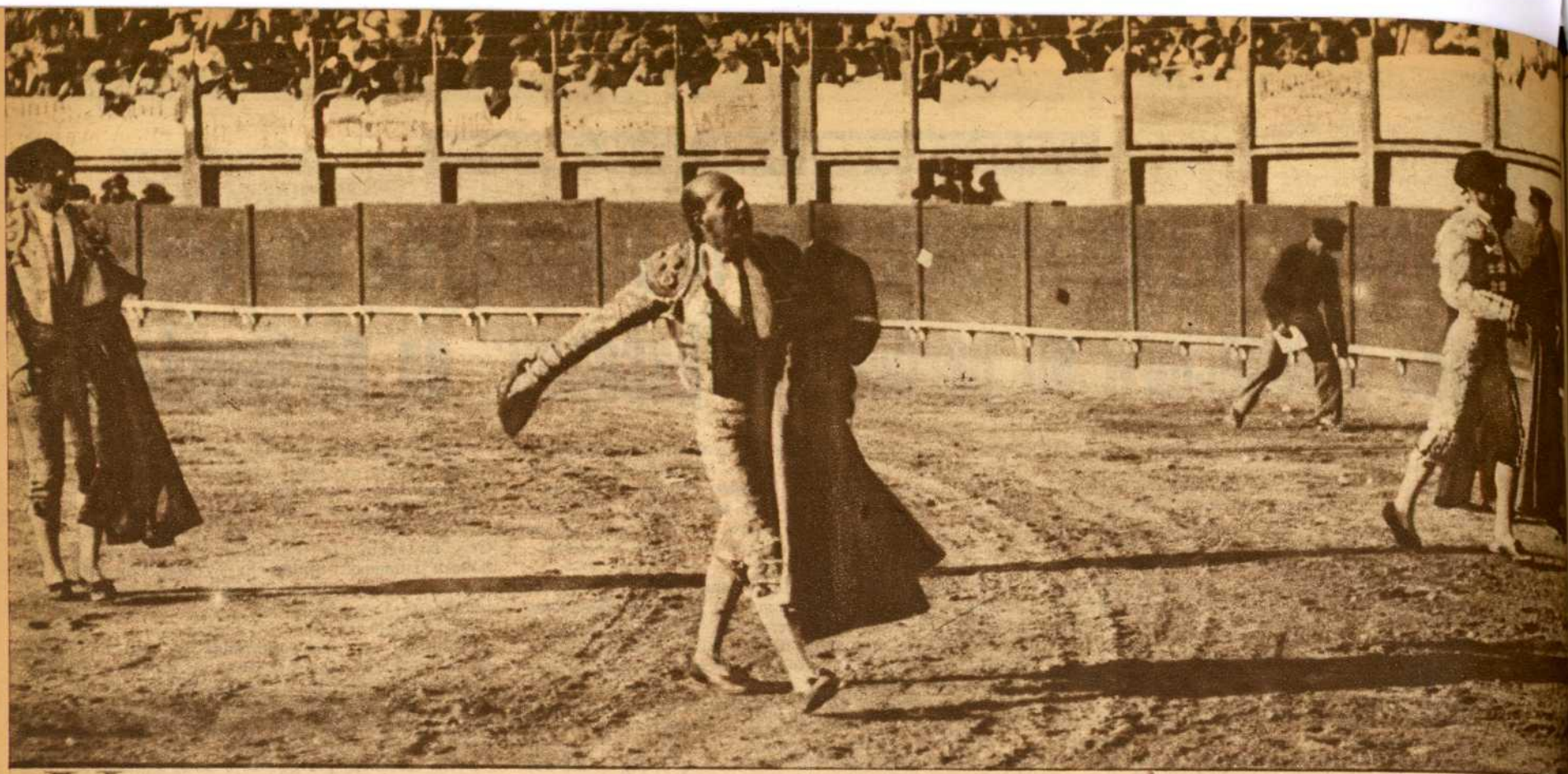
—Y, para terminar, ¿qué le interesa más del conjunto de una corrida?

—Mire, yo creo que todo depende del toro. El toro es el que da o quita interés a la fiesta. A mí me atrae el momento de salir de los toriles, y en otros casos, también el momento de morir...

**RICARDO ARMENTALES**



Robert Kieve, escritor norteamericano, en su mesa de despacho, posa para el fotógrafo



# VOCACION, AVENTURA, TRIUNFO Y MUERTE

## de Ignacio Sánchez Mejías

(Continuación)

EN PINO MONTANO

**P**ERO ¿es que no va a torear este año Sánchez Mejías?

La pregunta está en las tertulias donde se habla de toros, más insistente cuanto más adelante va la temporada. Mayo de 1927.

Se han celebrado ya muchas corridas. Y desde que llegó la primavera, dos espadas más figuran en la lista de matadores de toros. El uno se llama Félix Rodríguez; el otro, Joaquín Rodríguez; a éste lo conocen todos por Cagancho. Y se asegura que otros novilleros están ya asomados a la fiesta de la alternativa, y que no terminará la temporada sin que se hagan matadores de toros el Andaluz, Gitanillo de Triana, Vicente Barrera, Enrique Torres, Tomás Giménez y acaso algún otro. Y también se aventura la posibilidad de que el diestro mejicano Refulgente Alvarez, el venezolano Julio Mendoza y el peruano Carlos Sussoni se doctoren en España, donde están toreando muchas novilladas.

—¿No van a ser demasiados matadores de toros?—preguntan a Sánchez Mejías sus amigos.

El espada sonríe con esa sonrisa un poco compleja que tiene para tantas preguntas, y que no es una sonrisa fría y escéptica, sino que está caliente de una ironía que, en el fondo, es un volcán de curiosidades. La misma sonrisa con que recibe el eco de esa pregunta que tantas veces se dice cada día en las reuniones de los cafés:

—Pero ¿es que esta temporada no va a torear Sánchez Mejías?

El espada está en una indolencia que cualquiera diría que no piensa vestir ya nunca el traje de luces. En su casa de Pino Montano, a la que ha llevado algunos muebles mejicanos, pero en la que conserva siempre su carácter andaluz, gusta de reunir a los amigos, de charlar con ellos y de poner en alto unas cañas de manzanilla. Pero la verdad es que Sánchez Mejías habla muy poco de toros y que quiebra —con el mismo garbo con que hace el esguince en sus famosos pares de banderillas— toda

alusión en la charla al propósito de torear o al de no torear. Reservado y sonriente, esquivo a la ajena curiosidad, tan pronto hablando de negocios como de libros, un periodista que va a verlo a la finca puede escribir esto, que parece la renuncia del torero: «He estado una hora con Sánchez Mejías y le he oído hablar de todo, menos de su profesión.»

¿De su profesión, en la que se ha jugado cada tarde de la vida con un ímpetu y con un entusiasmo atroces!

Al fin, en el mes de junio anuncia que va a comenzar su temporada. Y, efectivamente, el día 25 torea en Badajoz. Y cuatro días después, en Córdoba. Y el día 3 de julio va a Pontevedra. Y allí...

### LA SEGUNDA DESPEDIDA

José María de Cossío cuenta, en su gran obra *Los toros*, que Sánchez Mejías le había dicho que no faltaba a esa corrida de Pontevedra. Le había dicho eso, pero sin demostrar qué especial interés tenía en que sus amigos fueran a Plaza tan distante y sin que transparentara en sus frases ninguna resolución inmediata. Hizo Cossío el viaje, y poco antes de la hora de la corrida estuvo en el hotel con el espada, ya dispuesto éste para salir camino de la Plaza.

«Esperaba en su cuarto del hotel —relata el escritor— la llegada del coche, sentado y meditativo y sin ponerse aún la chaquetilla. Interrumpió su mutismo con esta pintoresca pregunta, bien propia de su humor: *¿No te parece ridículo que un hombre de mi carácter y de mi edad comparezca ante el público con estas medias color de rosa?* No me cupo duda de que quien tal decía estaba ya virtualmente al margen de la fiesta.»

Aquella misma tarde, cuando Sánchez Mejías brindó su segundo toro a José María Cossío, le dijo que era su última actuación como torero. Alternaban en esa corrida con Sánchez Mejías —corrida en la que se lidiaba ganado de Murube— An-

Sánchez Mejías adornándose de rodillas ante un ejemplar de toro



Manolo Márquez, que llevaba de matador de toros dos años menos que él; Cagancho, de quien ya se ha dicho que acababa de tomar la alternativa, y Antonio Cañero, que estaba en lo mejor de su boga como rejoneador.

Y mientras por los tendidos de la Plaza de Toros de Pontevedra se repetía apasionadamente el brindis de Sánchez Mejías; la renuncia desde el día siguiente al halago del aplauso, la Plaza de Toros de Madrid se estremecía ante la tragedia de un modesto matador de toros, tan gravemente herido al entrar a matar, que falleció en brazos de unos monosabios cuando era conducido a la enfermería. Aquel desventurado lidiador se llamaba Enrique Cano, y su nombre en los carteles era el de Gavira II. Una biografía breve y triste la de este torero. Sin resonancias, sin contrastes, sin emocionamientos en su torneo. Una biografía muy sencilla la de Sánchez Mejías. Esa función en la que Enrique Cano se dejó la vida, atravesado el vientre por un cuerno de un toro de Pérez de Concha, era la primera que toreaba en esa temporada. En ella confirmaba la alternativa Manolo Márquez, Andaluz, y toreaba también Gallito de Zamora. La cogida y muerte de Gavira, el diestro cartagenero, se quiso relacionar con la retirada de Ignacio Sánchez Mejías. Dijose que éste se había impresionado tanto con la noticia, que ante ella había tomado la resolución de no torear más. Esto es cierto. El espada sevillano fué a la Plaza de Pontevedra dispuesto a poner allí el punto final a su vida de torero. Es más: estaba decidido a esa retirada, según luego dijo, desde que hizo su último viaje de Méjico. Y todavía más: la noticia de la muerte de Gavira no la supo durante la corrida, sino cuando ésta terminó, pues aunque algunos se informaron de ella, a ninguno de los presentes se les dijo hasta que no concluyó la función.

Nada, pues, sino una casualidad, liga la corrida de Sánchez Mejías se despidió por segunda vez de los toros y la trágica jornada de la muerte de Gavira en la Plaza de Madrid.

#### UNA NOVELA SIN TERMINAR

«Bien; ya estoy retirado de entre los toreros y no juzgar a los demás.

Sánchez Mejías con estas palabras, pronunciadas a las pocas horas de su retirada, a su afición a las revistas de toros y a los incidentes que por él ocurrieron cuando, en un periódico de Sevilla, titulada «Unión», ejerció de revistero y juzgó sus producciones. Los demás espadas, que siempre se le habían tratado con un exceso de severidad por el hecho crítico, se revolvían, iracundos, contra él. Sánchez Mejías tuvo que renunciar a esas tareas literarias.

Pero ahora, ya fuera de la profesión taurina, puede dedicarse libremente a ejercer de crítico, y con muchas probabilidades de obtener en ese puesto una gran autoridad.

Indudablemente, el propio Sánchez Mejías está muy animado a ello. Y algunos revisteros lo saludan llamándole compañero, y todos aguardan que un día cualquiera reanude la crítica taurina.

Mas parece ser que Sánchez Mejías busca más la cara a lo literario que a lo periodístico. Frecuenta varias tertulias de escritores y, sobre todo, convive con los nuevos poetas, cuyas inquietudes sigue atentamente, y a quienes alienta con cordial entusiasmo. Sevillay Madrid. Vocaciones literarias que aun están, tímidas y esperanzadas, en el ámbito local, y grandes vuelos en el cielo de la metrópoli, que signa las nombradías. Con quienes empiezan el esfuerzo para el triunfo y con quienes están en el centro de él, Sánchez Mejías habla, discute, se interesa por sus afanes, se apasiona ante sus cuartillas, busca en la tertulia de café lo que él ha soñado muchas veces, al cerrar el libro, en la alta noche, allá, en su casa de Pino Montano. Y él quiere escribir también. Pero no sólo opiniones de toros, sino algo que esté más en el dominio de la fantasía, y que en él, en un torero, resulte desconcertante y dé mucho que hablar a las gentes.

Por estas fechas, Sánchez Mejías ya había anunciado la publicación de una novela. De ella leyó varios capítulos, el año 1925, en el Ateneo de Valladolid. Fué, precisamente, durante la feria. Desde la Plaza marchó al hotel, mudó su traje de torero por el de calle y se fué a la tribuna del Ateneo.

Ahora piensa en continuar esa novela. Repasa lo escrito. Lo lee una vez y muchas veces. La verdad es que no acaba de satisfacerle...

La novela de Sánchez Mejías se quedará sin concluir.

#### AUTOR DRAMATICO

Sánchez Mejías habla de negocios y aplica a ellos una fantasía parigual de la que envuelve sus conversaciones y sus afanes literarios.

Es hombre inteligente para todo, y los negocios de que habla son, en el fondo, juiciosos y fácilmente conciliables con la realidad; pero, al exponerlos, los desorbita tan ardorosamente, que en cierta ocasión le reprocha



Ignacio Sánchez Mejías descansando entre toro y toro (Fotos Baldomero)

un rico hacendado cordobés: «Usted cree que estamos hablando de versos, y estamos hablando de negocios.»

A todo esto, algunos amigos, ante la temporada taurina de 1928, le animan para que acepte algunos contratos en unas cuantas Plazas de categoría. La retirada de Sánchez Mejías ha sido para la afición una baja sensible. Los escritores taurinos «Uno al sesgo» y «Don Ventura», han comentado así el hecho:

«Su ausencia de los ruedos supone la desaparición de una de las figuras más importantes del toreo contemporáneo. Hombre de recia voluntad, de firmísimo tesón, logró imponerse a todo y a todos, escaló las alturas, se acomodó en ellas, y con su valentía indiscutible y su gesto de triunfador adquirió un relieve y una significación excepcionales.»

Sin embargo, Sánchez Mejías asegura que no vuelve a vestirse de torero. Pero que por ello no renuncia al aplauso ni a la fama. Porque este mismo año de 1928 se va a dar a conocer como autor dramático.

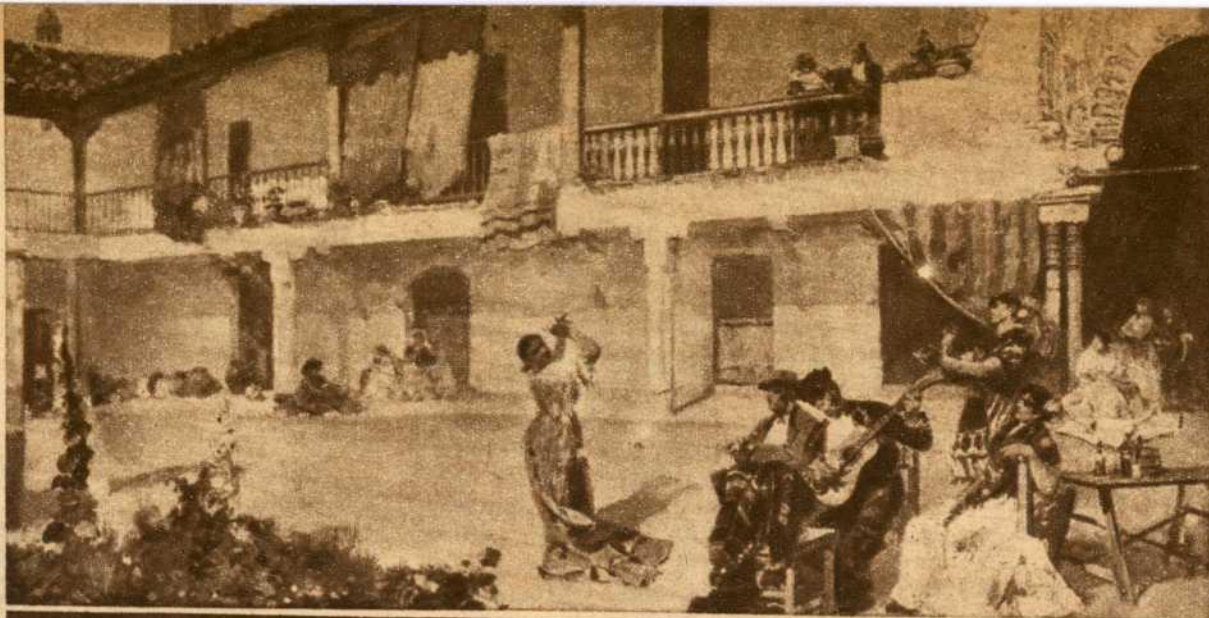
FERNANDO CASTAN PALOMAR

(Continuará.)

Manolo Márquez, socio de Sánchez Mejías, acompañado del famoso empresario Pagés, durante la época en que el matador convalecía de una cogida que acababa de sufrir en Jaén



DOS aspectos opuestos y contrarios, dispares y antitéticos, predominan y caracterizan, por lo general, la vida azarosa e inquietante del torero. De un lado, la alegría ruidosa y desbordante en todas sus manifestaciones, el regalo corporal y el halago de todas las apetencias; de otro, la tristeza y pesadumbre, la hondura aflictiva del más vivo dolor producido por la tragedia. Es decir, los dos polos opuestos. Tal vez, si analizamos la primera, o sea la alegría, veamos que no es sino la lógica derivación obligada por las circunstancias, a causa del riesgo y peligro en que vive frecuentemente el torero, su necesaria familiaridad con el drama. Y, claro está, como consecuencia de este riesgo latente en su profesión, se acentúa y agudiza la nota contraria, queriendo hallar tal vez así, de ese modo, consciente y premeditadamente, burlándose de la muerte, un poco de compensación a lo difícil y comprometido de su vistosa carrera. Claro está que en torno de esta alegría hay también no poca fantasía y leyenda. No obstante, bien vista, la vida del torero nos recuerda esa otra del soldado en la guerra, que cuando por licencia o momentáneo permiso se aleja de la línea de fuego y de combate, busca el aturdimiento y el olvido de su situación en su más o menos sincera o forzada alegría. Y es lógico. Aparte de ello, el torero, por lo general, fué siempre, tal vez ya no en estos tiempos, elemento de jueriga y de tronío. Era cuestión psicológica, de ambiente, del clima en el que, por lo general, se incubaba la afición y en-



«Jueriga flamenca en un patio de Sevilla», bello lienzo de Casto Plasencia, realizado en 1879, en el que la figura del torero es el árbitro de la fiesta

*El arte y los toros*  
**ANVERSO y REVERSO**  
**EN LA PINTURA DE LA**  
**VIDA DEL TORERO**  
*La alegría*



en la pintura española, que si no recogió con veracidad y exactitud el momento de alegría del torero, nos legó no pocas telas, vistosas y ricas de colorido, donde los maestros del género pictórico ensayaron con acierto sus dotes de expertos creadores de un arte tan prolijo y vario en el asunto. Ya hemos visto cómo la pintura se ha ocupado extensamente de los toros, cómo raro es el artista de los pinceles que no llevó al lienzo al toro o al torero, y raro también aquel que no se ocupó de lo que pudiéramos decir vida privada del segundo, la parte ajena a la fiesta o circunscrita a la Plaza, o, concretamente, a su actuación en el ruedo. Interminable sería la lista de pintores que se han ocupado del asunto. Ved, si no, a Alejandro Ferrant, entre otros, realizando, en 1874, esa acuarela, modelo en su género, tal vez falso e irreal el asunto, ilógico para desarrollarse a pocos pasos de la arena, pero lleno de una gracia atractiva y de una bondad colorística propia de un maestro; a Ramírez Ibáñez, con su «Fiesta y toreros»; a Villegas, con «Jueriga torera»; o «Torero y picador bebiendo», que ilustra esta plana; a Chaves y a Casto Plasencia, con «Jueriga flamenca en un patio de Sevilla», dirigida por la figura del torero; a Ricardo Marín y a tantos otros que abordaron el tema, que recogieron con más o menos acierto el ambiente, ese aspecto de la vida alegre del torero que llena buena parte de la pintura española de todos los tiempos.

M. SANCHEZ DE PALACIOS

«Torero y pleador bebiendo», cuadro de Villegas, con cierta influencia de Lucas, que recoge un momento alegre de la vida del torero.



«Torero tocando la guitarra», acuarela de Alejandro Ferrant, llena de gracia y de bondad colorística, de ejecución propia de un maestro



tusiasmo por los toros: el campo y Andalucía. Sin embargo, han cambiado mucho los tiempos y los gustos, las inclinaciones y las preferencias. El torero de hoy no es el torero de aquellos años del anterior siglo, en el que Madrid, España entera, tenía una vida nocturna. Eran los tiempos, además —nos lo dicen las viejas fotografías—, en que todo un mundo intelectual y artístico vivía en contacto y directa relación con los astros del toreo. El espada famoso alternaba en las grandes fiestas mundanas; concurría, entre el aplauso y la admiración de las gentes, a comidas y reuniones, a cafés y a tertulias. El banderillero, el espada de segundo orden, el novillero, por otro lado, eran punto fuerte en «colmaos» y tabernas, en las fiestas de tronío y de bulliciosa y popular alegría. Hoy, ya lo hemos dicho, los tiempos han cambiado mucho, y el torero en sí es un señor, a veces, con ribetes de intelectual auténtico, un señorito, en el buen sentido de la palabra, con una cultura y una educación aprendida en los mejores bancos de las escuelas, y su alegría, por tanto, es discreta y correcta; un regocijo con freno, a tono con un mundo normal que le rodea. Dos cosas han cambiado y contribuido para ello: el ambiente y la sensibilidad y privativa psicología actual del torero. El mundo de la jueriga torera se va poco a poco desvaneciendo, por lógica y afortunada evolución de los tiempos.

Claro está que aquel ambiente había de encontrar eco, tener su reflejo

AF  
DC  
No  
por  
y l  
espe  
...s, cer  
encioso  
estamos  
eden sir  
obras en  
que ser r  
riendo si  
un poco  
traya a s  
anso lo:  
no perde  
AQUEL  
—En  
mucho r  
por las  
as cosa  
tiempos  
hasta q  
celebre  
ocasión  
ólo del  
—Qui  
—Con  
treinta  
Plaza v  
de siglo  
chaquit  
ciudad.  
mes an  
pués, l  
por el  
princip  
madera  
LOS M  
Don  
antes  
ello ho  
que tu  
bu  
servar:  
—H  
ras qu  
Mirar:  
del de  
riosi

AFICIONADOS DE CATEGORIA Y CON SOLERA

# DON JULIO MOISES

## No comprende la predilección por un torero determinado y le entretiene mucho el espectáculo que da el propio público



### EL PINTOR Y SU ESTUDIO

El ilustre pintor y catedrático de Bellas Artes don Julio Moisés se considera andaluz, por más que naciera en Cataluña. Su padre, marino, estaba destinado en Barcelona. Pero su padre era de Puerto Real. La madre, de Cádiz. Y a Cádiz fué, y en Cádiz creció este Julio Moisés, que es, en la actualidad, uno de nuestros artistas más famosos, una de las firmas más estimadas y solicitadas. Como que don Julio apenas sale de su casa, y, dentro de casa, apenas sale del estudio que tiene, hace algunos

años, cerca del paseo del Prado, en el último y silencioso trozo de la calle de Lope de Vega. Es que estamos en plena temporada y los encargos se suceden sin interrupción. Ahora mismo tiene cuatro obras en el telar, y de los caballetes han tenido que ser retirados otros lienzos que el pintor va haciendo sin prisas y que ya no podrá terminar hasta un poco antes del verano, un poco antes de que se vaya a su finca de Santander, a pasar en el descanso los meses de verano. Un descanso que, para no perder la costumbre, consistirá en... pintar.

### AQUELLA PLAZA DE MADERA

—En Cádiz, yo era muy aficionado a los toros, mucho más que ahora. Quizá fuera por el ambiente, por las conversaciones que oía. O tal vez sea que las cosas han cambiado. El caso es que en estos tiempos hay corrida, y muchas veces ni me entero hasta que leo los periódicos. En Cádiz, yo iba a la célebre Plaza de madera que se construyó con ocasión de un viaje que hizo allí Isabel II y que sólo debía estar levantada quince días.

—Quince días que se prolongaron bastante. Como que duró un siglo. Hace veinticinco o treinta años, todavía podía vérsela en pie. En esa Plaza vi yo a todos los grandes toreros de principio de siglo: Mazzantini, el Gallo, los Bombas, Machaquito... Una corrida de toros era, en la pequeña ciudad, un acontecimiento. Se hablaba de ella un mes antes y se continuaba hablando un mes después, hasta que el interés general era sustituido por el anuncio de otra corrida. Sin embargo, el principal recuerdo que tengo yo de la Plaza de madera de Cádiz no prede ser más trágico.

### LOS MIURAS Y LA TRAGEDIA

Don Julio se ha pasado una mano por la frente antes de continuar. Parece como si quisiera con ello borrar de su imaginación la estampa horrible que tuvo que presenciar en sus años mozos y que su buena retina de pintor ha conservado y conservará ya siempre.

—Habíamos ido a ver descajonar unos Miuras que iban a ser lidiados al día siguiente. ¡Unos Miuras de aquellos de antes! Ya en estas faenas del descajonamiento daban pavor. Salieron furiosísimos, rompiendo las tablas y acometiéndose

unos a otros. Los espectadores nos fuimos muy impresionados pensando en lo que iba a suceder en la Plaza al día siguiente.

—¿Y qué sucedió?

—Algo espantoso. Se arrojó un espontáneo cuando iban a soltar el primer toro, y se plantó al frente del toril, a veinte metros, a tiempo que salía la fiera. Aquel pobre muchacho, al verse venir la mole irritada, se deshizo materialmente. Fué como si de pronto le desaparecieran los huesos y toda la carne se viniera al suelo. El toro lo cogió, lo lanzó por el aire, lo recogió para tirarlo otra vez... Y allí quedó el desdichado, hecho una masa informe, muerto en la arena de aquella placita de madera.

—Eso tiene todas las características de un suicidio.

—¿Quién sabe, quién sabe!

### LA PASION DESBORDADA

—En Sevilla, en la Plaza del Puerto —nos dice ahora—, también he visto muchas corridas. Pero eran, como le digo, otros tiempos. Los chiquillos jugaban al toro, y en los cafés «no se hablaba de otra cosa». La fiesta estaba en el ambiente, y en estas condiciones era muy fácil aficionarse, y hasta apasionarse por ella, por más que el apasionamiento, en esto de los toros, jamás se haya apoderado de mí.

—Pero al menos se habrá usted inclinado en su admiración por algún torero.

—No. No he tenido ni he comprendido que se tenga esa predilección por un espada determinado, que da lugar al partidismo y a la parcialidad. Hay muchas personas que no van a ver torear, sino a ver a su torero, a desear que quede bien y que el contrario quede mal. Si suceden las cosas al revés, pasan un mal rato y vienen los gritos y los insultos.

—¿Usted no grita, no protesta?

—No, no. Yo voy a ver torear, y nada más. Sí, por los motivos que sean, el torero no queda bien, bastante desgracia tiene. No llevo la menor pasión cuando me siento en mi localidad. No soy de esos que van a que gane Fulano o Mengano, por encima de todo, exactamente igual que en el fútbol.

—Pero dicen que la Fiesta necesita un clima.

—Que no hace falta que sea el de la violencia y la discusión desaforada. Yo no discuto jamás en el tendido. Sólo el hecho de que el torero esté, «en frío», junto al burladero esperando la salida del toro, ya merece mi aplauso. Porque luego, en el transcurso de la Fiesta, se van animando, caldeándose. Pero esos primeros momentos...

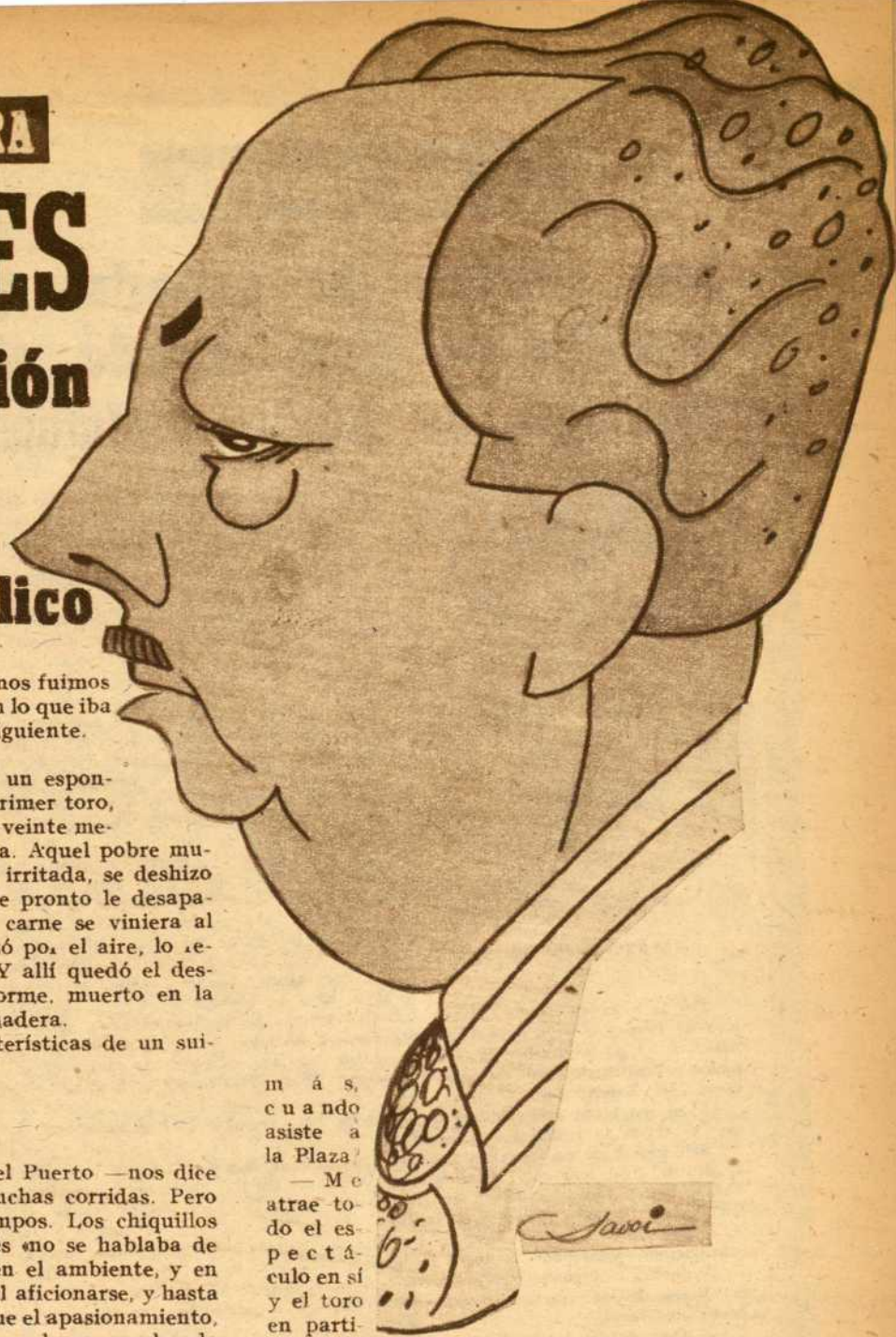
### LAS MOLESTIAS DE ESTOS TIEMPOS

—¿Dónde ha presenciado más corridas?

—En Barcelona. Yo he vivido allí en una época en que se celebraban corridas de toros o de novillos un día sí y otro también. Cuando no era en las Arenas, era en la Plaza Vieja, y cuando no, en la Monumental. Y los domingos y días de fiesta, en las tres Plazas a la vez. En Madrid, en estos tiempos, voy cuando vienen bien las cosas, es decir, cuando puedo evitarme esas molestias que ordinariamente representa para el espectador el festejo: desde la lucha por la adquisición del billete hasta el desesperante viaje en el «Metro». Por eso muchas veces prefiero quedarme en casa.

### EL ESPECTACULO DE LOS ESPECTADORES

—¿Y en qué parte del espectáculo se fija usted



m á s,  
c u a n d o  
a s i s t e  
a  
l a P l a z a

— M e  
a t r a e t o d o  
e l e s p e c t á  
c u l o e n s í  
y e l t o r o  
e n p a r t i  
c u l a r. E n

la fiesta, lo más simpático es el toro. La suerte de picar, antes, era con frecuencia mucho más desagradable que ahora, aunque no hay que negar la belleza del grupo que componen cuando el toro se encuentra con el caballo. Yo, generalmente, procuro no verla, ya que el encuentro perfecto se produce muy pocas veces, y al no ser así es cuando sobreviene la visión poco grata. La faena de muleta es lo esencial, porque en esos momentos es cuando el torero se queda sin más ayuda que sus propios medios, solo frente a su enemigo. Las banderillas constituyen una suerte vistosa, pero demasiado rápida. Lo que sí me llena de curiosidad y me entretiene mucho, es el espectáculo que dan los mismos espectadores.

—Es que hay tipos dignos de estudio.

—El más interesante que yo he visto me tocó en una corrida a la que fui por verdadera casualidad. Era un hombre con gafas de gruesos cristales. Detrás tenía una extranjera que nos traía locos con sus sustos, sus gritos y sus nervios. En una de sus sacudidas, dió con las rodillas en las espaldas de mi vecino y las gafas de éste cayeron al suelo. Aquel hombre se volvió y miró a la extranjera con ganas de asesinarla. Luego se inclinó, y casi a tientas se puso a recoger los pedacitos de cristal. Escogió el más grande de ellos, y cogiéndolo con la punta de los dedos, lo sostuvo ante uno de sus ojos, cerró el otro y así estuvo presenciando la corrida hasta el final.

### UNA BANDERILLA DIFICIL

—¿Ha hecho usted pintura de temas taurinos?

—En mi juventud. Carteles, dibujos, retratos de toreros, algún momento de la Fiesta. Allá, en Cádiz, hice una vez un cartel en broma para una becerrada de aficionados amigos míos. Le pinté al becerro una banderilla clavada en la barriga, y casi se enfadaron conmigo. Bueno, pues resulté un profeta, porque a uno de los animalitos se la clavaron en ese sitio. ¡Con lo difícil que es!

RAFAEL MARTINEZ GANDIA

## LABOR BENEFICA

# Los mozos de espadas y puntilleros han creado el Montepío de Auxilios Mutuos



Angel Monasterio

LOS mozos de espadas y puntilleros van a constituir una entidad benéfica que les ampare de los riesgos de la profesión.

Marcial Lalanda intentó, sin éxito, dar entrada en el Montepío, que presidía por entonces, a los mozos de espadas, llevando la petición a Junta general en dos ocasiones. Por incompreensión de algunos asociados fué desechada, y ante la reiterada negativa nace ahora la entidad benéfica.

Un proyecto muy amplio, de gran avance social, que se refleja en los derechos de que disfrutarán los asociados: asistencia médico-quirúrgica, con estancia en sanatorio y auxilio diario en metálico, pensión por invalidez, socorro a los familiares en caso de fallecimiento, pensión de vejez.

Los matadores y empresarios, principales colaboradores en esta gran obra, no han obstaculizado en ningún momento las aspiraciones de sus servidores. Sus modestas aportaciones han de dar vida a este proyecto, ya aprobado por el Sindicato Nacional del Espectáculo, Grupo Taurino, y elevado al ministro de Trabajo.

Por la negativa de su admisión en el Montepío de los profesionales nació la idea de formar el suyo propio, amparándose en las leyes sobre legislación de trabajo. El 13 de noviembre de 1945 se convocó a una asamblea de mozos de espadas y puntilleros, que presidió el jefe del Grupo Taurino en el Sindicato Nacional del Espectáculo.

Y en esa fecha se constituyó la Comisión para redactar el Reglamento por el que se regirá la benéfica Asociación.

Seis mozos de espadas han trabajado con enorme celo por llevar a la realidad la idea de dicho Montepío: Jesús Álvarez, Francisco Guerra, Manuel Ramírez, Pedro Sáenz, Rafael Lamas y Angel Monasterio, mozos de Ortega, Lorente, Angel Luis Bienvenida, Toscano, Angelete y Liceaga, respectivamente, han formado la Comisión que eligieron en la asamblea los ciento cincuenta adheridos al proyecto de constitución, nombrándose a Angel Monasterio presidente de la misma.

A nuestras preguntas, el presidente de la Comisión fué detallando todos los beneficios de los asociados, como igualmente los ingresos que tendrán para su desenvolvimiento.

- ¿Qué alcance tendrán dichas asistencias?
- Tratamiento en el consultorio de lesiones derivadas de su actuación en las Plazas de Toros o a consecuencia de los viajes con la cuadrilla. Si es preciso, por gravedad del percance, será asistido en el sanatorio.
- ¿Con aportación en metálico?
- Según la duración del mismo. Se ha fijado una cantidad para no encontrarse desamparado al interrumpir su trabajo.
- Aparte de este socorro, ¿existen otros en caso de fallecimiento?
- Se ha dado la mayor amplitud a esto. Socorros por fallecimiento, invalidez, vejez, enfermedad. Aparte, naturalmente, de la asistencia médica.
- ¿Quiénes tendrán, por tanto, derecho a estos beneficios?
- Padres, esposa e hijos menores de quince años, en caso de enfermedad. Y por fallecimiento, aquel que designe el interesado en las declaraciones que formule al ser admitido. El socorro oscila entre las mil y tres mil quinientas pesetas, con arreglo a la escala por antigüedad en el Montepío. Y las pensiones por vejez serán otorgadas, a razón de cinco pesetas diarias, para los que no cuenten con sesenta años, retirados de la profesión.

Angel Monasterio repasa el proyecto. En él vislumbra el consuelo de muchos que por sus cortos ingresos no pueden cubrir las necesidades de una enfermedad.

### INGRESOS CON QUE CONTARA

Para cubrir tantas necesidades, la Comisión ha realizado un concienzudo estudio sobre ingresos y gastos. Tomando como base las cuotas de los asociados y las aportaciones de los diestros y empresarios. Cantidades insignificantes, que no obligan a gravar los precios de los espectáculos taurinos.

—Esta ha sido una de nuestras preocupaciones al realizar el estudio de ingresos.

- ¿Sobre la base de corridas al año?
- Se hizo un avance de presupuesto con los años 1944 y 45. En el primero se organizaron 248 corridas de toros, 190 novilladas y 120 sin caballos. En el último, 283 corridas de toros, 110 novilladas y otras tantas sin picadores. Por bajo de estas cifras se ha realizado el estudio a base de 200 corridas, 110 novilladas y 120 sin caballos. La cuota mensual, única, de los asociados es de cinco pesetas, y una aportación muy pequeña por cada actuación, entre una y cinco pesetas.

—¿Y esto suma en total?

—Con las cuotas de los mozos de espadas, puntilleros y aportaciones, se elevan los ingresos a 55.460 pesetas, de las cuales se deducirá el 20 por 100 para el fondo de reserva. 11.092 pesetas es la cantidad a que asciende dicho descuento. Y el total de gastos generales es de 40.075 pesetas.

—¿Cierzan el presupuesto con beneficio?

—Este es nuestro fin. Para aumentar el fondo de reserva.

Con estas cantidades se desenvolverá holgadamente el Montepío, sin contar con otros ingresos.

—Tenemos el propósito de organizar un festival o corrida todos los años, por el ofrecimiento que tenemos de nuestros matadores. Lo que vendrá a aumentar considerablemente la labor benéfica de este Montepío.

JOSE CARRASCO

## HACIA EL ABARATAMIENTO DE LA FIESTA NACIONAL

# Para PACO SEGOVIA, el hombre más popular del barrio de las Peñuelas, el negocio más difícil, en la actualidad, es el taurino

M E presentaron a Paco Segovia hace muy pocos días. Había oído hablar de él muchas veces.

Es uno de los hombres más populares de los barrios bajos madrileños; el más popular —y el más querido— de las Peñuelas. Cuando por primera vez estreché su mano conocía no pocas particularidades de su vida singular. Sabía que su hija Anita es la viuda de Fortuna. Conoció algunos detalles de aquella boda de rumbo: que todos los coches de alquiler de Madrid fueron empleados para transportar a parte de los invitados, que el banquete que se sirvió...

Paco Segovia tiene sesenta y ocho años, y hasta ahora solo en dos ocasiones llevó corbata, y eso porque se la pusieron: una vez en Bruselas, hace muchos años; la otra, el sábado último, en ocasión de la comida que sus amigos de la Peña taurina Coxo le ofrecieron.

Paco Segovia nació en los Navas del Marqués, de cuyo Ayuntamiento su padre era alguacil. Un alguacil que cobraba cinco reales diarios. Entonces la vida era fácil; pero cinco reales no podían proporcionar grandes comodidades a una familia. Paco iba descalzo desde que la primavera llegaba hasta que el otoño daba paso al invierno. Había que guardar las botas para cuando nevaba. Todos los años, por las fiestas, se corrían cuatro toros de muerte en los Navas. E señor Segovia, el alguacil, era el encargado de contratar toreros. Ochenta duros destinaba el Ayuntamiento para los lidiadores: a veinte duros por toro. Paco acompañaba a los toreros mientras éstos permanecían en el pueblo. Veinte duros acompañaba a los toreros mientras éstos permanecían en el pueblo. Veinte duros por toro para cuatro hombres! Cada banderillero cobraba tres duros, y, por tanto, al matador le quedaban once por toro. Aquello era... El chico del alguacil de los Navas del Marqués comprendió que la única manera que había de llegar a ser rico era la de dedicarse a torero. Claro que había que matar, sin la ayuda de los picadores, toros de tanta y dos arrobas; pero algo cuesta lo que verdaderamente vale.

A los once años, con muchas ilusiones y zapatos nuevos, vino a Madrid como dependiente de una carbonería; no podía trasportar grandes pesos, y pasó por ello a servir en una taberna, que aun existe, en la calle de Montesquizar, 1. No le gustó aquello y pasó a una tienda de ultramarinos. Y un 8 de septiembre se puso de acuerdo con otro dependiente, y vió por primera vez una corrida seria desde una a damada. Cayetano Leal tuvo una mala tarde y Paco Segovia una tarde pésima, porque el dueño de la tienda le despidió. Torero Paco en unas becerrias, su convención de que en los toros no servía más que para especular, y cuando, como soldado, marchó a Cuba, había renunciado a ser lidiador. Regresó de Cuba enfermo.

Al año abrió una carbonería. ¡No era nada fácil entonces! El gremio de carboneros de Madrid no permitía que se abriesen nuevas establecimientos del ramo. Había quien llevaba doce años intentándolo. El lo consiguió en cuatro meses. En la calle del Rey Francisco, número 9, empezó su vida comercial Paco Segovia. En los tres primeros días vendió veinte céntimos de carbón. Luego mejoraron los ventas, y en el primer mes logró despachar género por valor de cuarenta pesetas. Reunió doscientas pesetas y compró una carretada de carbón que le costó cuatrocientos veinte. Era ya un hombre que tenía crédito. Perdió dinero. Pidió un préstamo de quinientas pesetas, adquirió treinta seras y compró carbón en el monte de Villanueva.

Descubrió entonces que el éxito de su negocio estribaba en suprimir los intermediarios. Y poco a poco fué contratando toda la producción de carbón vegetal de Toledo y Extremadura. Llegó a tener hasta veinticuatro carbonerías en Madrid. En 1917 la capital de España quedó sin carbón. El entonces ministro de Fomento, señor Gasset, llamó a su despacho a Paco Segovia. A los dos días sobraba carbón en Madrid. Hasta el año 1935 no cambió de profesión Paco Segovia. En dicho año decidió dedicarse a la construcción. Hizo 360 viviendas en las Peñuelas, vivió todas con cuarto de baño, que pagan de setenta a cien pesetas. Luego construyó el apartamento de las Peñuelas. No olvidó lo que había hecho cuando fué carbonero, y antes de contratar obras, montó tejares, carpinterías y herrerías. Esto le permitió construir sesenta viviendas en el paseo de las Acacias y comenzar la de 120 hoteles en la Cuesta de las Perdices. La guerra destruyó, en gran parte, sus edificios. No es arredo.

Hace pocos días se publicó en los periódicos un anuncio en el que Paco Segovia hace saber a todo obrero que haya trabajado para él, y que no pueda cobrar el subsidio por no haber satisfecho las cuotas, que se pase por su oficina para normalizar, a costa de Segovia, su situación.

Me cuenta cómo le fué concedida la Cruz de Beneficencia. Era entonces ministro de la Gobernación el general Martínez Anido. El doctor Verdes Montenegro llevaba días buscando en las Peñuelas lugar adecuado para instalar un Consultorio antituberculoso. Desesperaba ya cuando el cura párroco de la barriada le indicó que hablase con Paco Segovia, que estaba terminando una finca de su propiedad. Dijo Verdes Montenegro lo que quería. Paco Segovia se enteró de que las consultas iban a ser gratuitas, hizo en el local elegido las modificaciones que indicó el doctor, y cuando fué preguntado acerca del precio que iba a cobrar por alquiler, respondió: «Ustedes ponen su ciencia y yo pongo el local. Lo importante es que no haya tuberculosos en las Peñuelas». Martínez Anido asintió a la inauguración del Consultorio. Volvió el general a los pocos días para imponer a Paco Segovia la Cruz de Beneficencia. Segovia no tenía la Cruz ni pudo encontrar una hechar. Su yerno, Fortuna, le prestó la suya. Le dieron un banquete, al que asistieron sesecientas veinte personas. Luego le concedieron la medalla del Trabajo.

Este hombre, extraordinario, que ha visitado Francia, Bélgica e Inglaterra, sin conocer más idioma que el castellano, y que ha hecho fortuna en negocios nada fáciles, nos dice que no se arriesgaría a ser empresario ni ganadero. Cree que es imposible abaratar el ganado; que sería una locura pretender que los toreros que llenan las Plazas cobren menos de lo que perciben, y que el negocio más difícil en la actualidad es el taurino.

Paco Segovia, que ha visto todas las corridas que se han dado en Madrid en los últimos cuarenta y cinco años, admiró antes a Fuentes, Machaquito, Bombita, Josecito, Belmonte, Gaona, Bienvenida y a todos los buenos toreros, aunque a él le emociona más el valor consciente que el arte sin valor. De la última época, el torero que más ha impresionado a Paco Segovia ha sido Marcial Lalanda, torero que sabía siempre lo que debía hacer y cómo tenía que salir de la Plaza.



D. Paco Segovia

BARICO



**N**O es ignorado el hecho, por haberse escrito mucho acerca de él, que el torero español Saturnino Frutos, Ojitos, fué el que importó a Méjico las suertes más clásicas de la tauromaquia, echando sobre el surco taurino la semilla que, con la acción del tiempo, tan buenos lidiadores ha producido.

Banderillero del famoso matador de toros Salvador Sánchez, Frascuelo, Ojitos también actuó en su época como matador de novillos, y cuando, por razones que no es menester traer aquí, se alejó de España para trasladarse a aquella República, fijó su residencia en León de las Aldamas.

Concibió en este lugar la idea de formar una cuadrilla juvenil, y después de aleccionar a los muchachos que creyó con mejores condiciones para dedicarlos al arriesgado oficio de sortear reses bravas, tomó como base a tres mozaletes: Rodolfo Gaona, Samuel Solís y Pascual Bueno, a quienes por espacio de siete meses estuvo imponiéndolos en los secretos de tan difícil arte, primero técnicamente y más tarde enfrentándolos con bravos novillos.

El maestro Ojitos, como así se le llamaba en Méjico al célebre torero, presentó a la cuadrilla juvenil con sus correspondientes picadores y banderilleros, por él también enseñados, en León, el 1 de octubre de 1905, obteniendo un ruidoso triunfo, y muy particularmente Gaona, por ser el más aventajado de los discípulos y el que más valor tenía de todos ellos.

De éxito en éxito recorrió el maestro con su cuadrilla los principales Estados mejicanos, hasta que en 1908 se presentó en España con Rodolfo Gaona, dándole a conocer y dejándole situado en el lugar base de toda la brillante trayectoria seguida por el célebre diestro leonés.

Pero Ojitos, años más tarde, hondamente amargado y desligado de su predilecto discípulo, hubo de volver a Méjico, donde demostró su decidido empeño en hacer otro torero del corte de Gaona.

Y en un simpático jovencuelo, de arrogante figura, mucha línea y sobrada afición, puso el maestro todos sus entusiasmos nuevamente.

Llamábase el nuevo y último discípulo Ernesto Pastor, y aunque nacido en Puerto Rico, en Méjico vivía desde muy niño en unión de su familia.

Vió el maestro en Pastor excepcionales condiciones para ser un buen artista, y con todo cariño se hizo cargo de su tauromáquica educación.

Como con sus anteriores protegidos, Saturnino inculcó a Ernesto las suertes más clásicas del toreo, sin olvidar ese estilo, al colocar banderillas, que vimos en Gaona, cuyo bello llevan los diestros mejicanos de antes y de ahora.

No desaprovechó Pastor las enseñanzas recibidas; gustó en las mejicanas Plazas, y bien aconsejado por el maestro, se presentó en la madre Patria el año 1916, con el ánimo bien dispuesto para triunfar.

Hasta dos años más tarde, el 1 de septiembre, no pudo debutar en Madrid, cosa que hizo como novillero en unión de García Reyes, Carnicerito, y el mejicano Salvador Freg, pues también por entonces se acostumbraba a presentar por partida doble a los lidiadores aztecas en la primera Plaza de España. Se lidiaron seis novillos de Terrones, uno de Pablo Romero y otro de Cobaleda.

El debut de Pastor fué muy brillante. Estuvo lucidísimo en el cuarto astado, del primero de los citados ganaderos, que respondía por Almirante, y también escuchó una ovación en el último cornudo de la fiesta.

La factura de su toreo era finísima; su manera de banderillar, clásica; con mucha soltura maneja la muleta, y al matar lo hizo con decisión.

El discípulo no dejó mal al maestro!

Con todos los honores, pues José Solís actuó de padrino, recibió la

## El último discípulo del OJITOS



Se llamaba ERNESTO PASTOR y fué mortalmente herido en Madrid

Una de las últimas fotografías de Saturnino Frutos, Ojitos



Ernesto Pastor

alternativa en Oviedo el 17 de septiembre de 1919, cediéndole la muerte del primer toro de don Vicente Martínez, llamado Cerezo, figurando como testigo de la ceremonia Domingo González, Dominguín, padre de los actuales matadores de toros con igual apodo.

Anunciado dos veces en Madrid para ser confirmado por Luis Freg, se suspendieron, por lluvia, las corridas, y el 30 de mayo de 1920 Agustín García Malla intervino en tal hecho, cediéndole la muleta y el estoque para que se las entendiera con el toro Bigote, de Miura, número 19, negro entrelado.

Pero Ernesto Pastor fué el más desventurado discípulo de Ojitos.

Para el día 5 de junio del siguiente año 21, cuando ya habían fallecido, también trágicamente, sus padrinos Joselito y Malla, se anunció en Madrid una corrida con tres toros de Concha y Sierra y otros tres del Marqués de Villagodio.

José García, Alcalareño, y Angelete, tío del actual matador con alternativa, acompañaron en su última actuación a Ernesto Pastor.

En tercer lugar pisó el ruedo Bellotero, número 9, jabonero, del último mentado ganadero, recibiendo cuatro varas de Marcelo Castilla, Emilio Ramón, Boltañés y Agustín Ibáñez, Marinero.

Pastor, que vestía de perla y negro, cogió las banderillas y colocó, primero, un par al quiebro, muy bueno, y después dos de frente, superiores.

Empezó a torear con la muleta, y al ejecutar un cenido pase resultó enganchado por encima de la corva.

Quisieron retirarle a la enfermería, pero el desgraciado diestro se obstinó en seguir toreando, y hallándose herido, entró a matar, dando un pinchazo.

Sin fuerzas para tenerse en pie fué entonces llevado a la citada dependencia, donde momentos más tarde facilitaron el siguiente parte: "Durante la lidia del tercer toro ha ingresado en esta enfermería el es-

pada Ernesto Pastor con una herida de doce centímetros de extensión en el muslo derecho, que le impide continuar la lidia.—Doctor Paracho."

Fuó asistido el diestro en su domicilio por los doctores Recatero y Gómez Lumbreras, hijo aquél del famoso banderillero, también de Frascuelo, Victoriano Recatero, Regaterín, y el segundo del popular ganadero y empresario de la cañabanchelera Plaza de Vista Alegre don Ildefonso Gómez. Hallábase infeccionada la herida, y a las tres de la madrugada del siguiente domingo, día 12, Ernesto Pastor entregó su alma a Dios, constituyendo su entierro una gran manifestación de duelo.

El infeliz diestro había toreado durante el invierno anterior en Méjico, contrayendo matrimonio, y con su esposa regresó a España, sin sospechar que la muerte le estaba acechando.

Desamparada la viuda, con motivo de un agasajo de que fué objeto el popular revistero Angel Caamaño, El Barquero, lanzó éste, al final del acto, la idea de celebrar un beneficio en favor de la esposa de Pastor.

Cediendo generosamente la Empresa madrileña el piso de la Plaza, se celebró tal corrida el 8 de julio, lidiándose seis toros de don José García Aleas, de Colmenar, por los diestros Luis Freg, Julián Sáinz, Saleri II; Diego Mazquiarán, Fortuna; Ricardo Anlló, Nacional; Emilio Méndez y Manolo Belmonte. Actuaron como banderilleros Juan Luis de la Rosa, Antonio Márquez, Basilio Barajas, Mariano Rivera, Ginesillo y Castejón.

Esta es la breve historia tauromáquica de Ernesto Pastor, el último discípulo del maestro Ojitos, el más sin ventura de todos los que recibieron enseñanzas en Méjico del que a esta República llevó la esencia clásica de nuestra brava fiesta.—DON JUSTO.



Fondo encarnado Fondo azul celeste Fondo amarillo  
MODELO PATENTADO

¡Meda de que la gente sig' ignorando quiénes son sus ídolos taurinos! Tenga usted el valor de sus opiniones y lleve en el ojal de su bien cortada americana la esmaltada insignia, que le venderé su camisero, el carillero de su café...

Precio venta público, 5 pts.

Pedidos de más de 20 insignias, a LICERAS, TEL. 70772

# Cuando MACHAQUITO

# Y LAGARTIJO cordobeses



**C**UANDO Rafael Molina tenía diecisiete años, entró en el mundo de los toros con un arranque y una decisión que hicieron augurar para quien nombre y apellido tan glorioso en la tauromaquia ostentaba, un porvenir sin igual.

Lagartijo II, con su paisano Rafael González, Machaquito, formaban la pareja de los niños cordobeses. Ambos toreros armaron una verdadera revolución entre los aficionados. Se creyó, con fundamento, que allí había dos figuras llamadas a compartir la fama de otros toreros colocados en los más altos puestos.

Los niños cordobeses fueron, en los dos primeros años de su actuación, la pareja de moda, los novilleros más aplaudidos. Había entre ellos una amistad entrañable; pero vestidos de luces, una noble rivalidad les llevaba a los más temerarios alardes con tal de superarse y ganar los aplausos del público.

Doce años más tarde de su aparición en los ruedos, el año 1910, Rafael Molina, Lagartijo II, vió truncada su existencia, víctima de una terrible dolencia, la tuberculosis, que había cortado su triunfante carrera artística.

Durante los últimos años de su vida, Lagartijo tuvo que pasar algunas temporadas sin vestirse de torero. La enfermedad le tenía en cama, sin que le desapareciera la fiebre. Cuando actuaba, en un esfuerzo gigantesco de voluntad y pundonor, la fatiga le dejaba rendido. Al mal físico se iba uniendo el mal moral, al ver que su nombre, que había sido base de carteles, iba siendo olvidado por los empresarios.

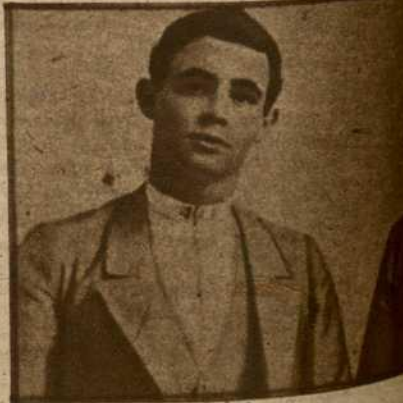


Rafael Molina, Lagartijo II

En el año 1903, apogeo de su fama como torero, Rafael Sánchez, de quien no había de tener desendencia, contrajo matrimonio en Córdoba con doña Angustias Sánchez.

Doña Angustias Sánchez, después de su viudez, había de casarse con otro torero, Manuel Rodríguez, de cuyo matrimonio había de nacer la gran figura taurina de estos tiempos: Manuel Rodríguez, Manolete.

En los últimos días de marzo de 1910, Lagartijo II fué desde Córdoba a Madrid para una consulta médica. Machaquito le acompañó y supo por el médico que a su antiguo compañero de luchas novilleriles le quedaban pocos días de vida. Por eso, al regresar a Córdoba...



Machaquito y Lagartijo, en su época de...

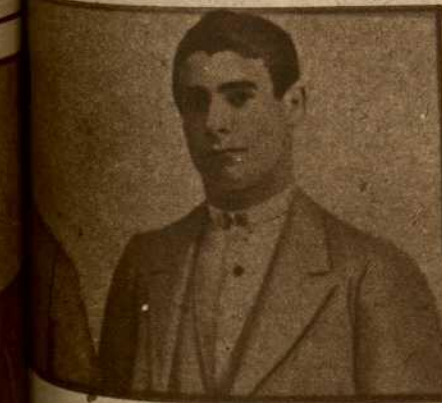


Rafael González, Machaquito

...acudieron bastantes toreros a despedirle en la estación de Madrid.

—Pero ¿es que me voy a morir ya? —preguntaba bromeando Rafael Molina.

Y a morir se iba. E día 8 de abril de 1910 dejaba de existir en la casa de Córdoba aquel bravo torero cordobés.



Rafael Sánchez, Bobé, apoderado de ambos

Lagartijo II había tomado la alternativa en Madrid, en la misma corrida en que lo hizo Machaquito. Y con Machaquito, que con él había empezado a ser torero, actuó su última vez, el 4 de octubre de 1904, en la Plaza francesa de Nimes, donde lidiaron toros de Parladé.

ALFREDO R. ANTIGÜEDAD

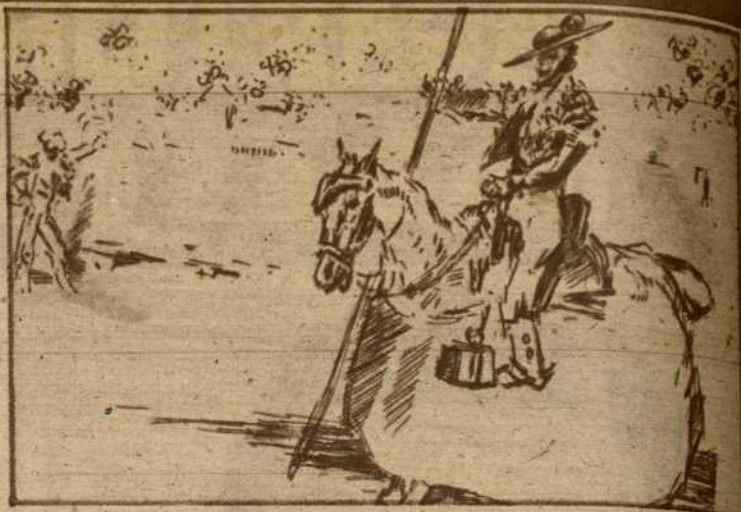


# LA TEMPORADA A LA VISTA

**T**RATADAS con la amplitud que se ha podido las principales cuestiones que han versado sobre el panorama del toreo en abstracto, se cae en la cuenta del tiempo en que se vive. Dos semanas restan para la apertura efectiva de la temporada, siquiera reservemos para la Pascua de Resurrección los primores y ceremonias de la apertura oficial. Dos semanas quieren decir que al cabo de ellas ya no podrá haber "reflexiones de invierno", porque no habrá invierno y porque las reflexiones se habrán convertido en críticas concretas en el diario y en el semanario. Atrás han quedado las aldabonadas sobre la ofensiva contra la "primera Plaza", sobre la desorbitación económica del toreo, la sempiterna lamentación por el escamoteamiento del toro, la opinión sobre la entrada en Plaza de las toreras y, como obligado paréntesis —agradable parentesis—, la loa al caballero don Alvaro Domecq. Para esto ha dado de sí el ocio invernal de la crítica taurina. Ahora ya es menester afilarla hacia la inminencia de la temporada. Entrenarla, hacer facultades para ella en estas líneas, que pronto cambiarán de sitio y de objetivo. Los de la "campana de invierno" que uno se propuso, quedan cumplidos. La temporada está tan a la vista como la primavera. De las dos puede decirse que han venido y

*No se sabe cómo ha sido.*

Y es así, porque una temporada que se presenta tan hermética como la presente, no se recuerda con facilidad. Por eso se dice que, al igual de su coetánea la primavera, ha llegado porque sí, porque tienen que llegar, con la fatalidad de las leyes naturales y porque entre éstas se cuenta, por lo visto, la que ordena que a compás de las primeras floraciones salten a la Plaza los primeros festejos taurinos. Agradezcámosle, porque, al parecer, si dependiese de las humanas voluntades, la temporada iba a quedar en aplazamiento o en proyecto hasta Dios sabe qué arribadas. Todo se hace —lo que se hace— de mala gana, con la dejadez de quien cumple un rito necesario. Y no hay razón para ello. A mí, que frente al optimismo irrazonable me gusta poner las cosas en su sitio; frente a la depresión organizadora general me invade la ale-



gría, que brota de una razón última, que creo más fuerte que todas las voluntades. Es decir, que la primavera y la temporada llegan fatalmente, y que aunque no ya los minúsculos sucesos de fechas y Plazas de singladura, sino un terremoto especial, apartase del toreo a todos los que vivan hoy de él, la temporada —como la primavera— llegaría en su fecha justa. Si la copla frascuelina decía con hipérbolo que "el arte del toreo vino del cielo", hay que concluir pensando en que, ciertamente, llega de un sitio, del trasfondo de la raza, bastante inaccesible a las individualidades, por altas y decisivas que parezcan.

Así llega la temporada. De cómo se presenta ya hemos hablado suficientemente en el invierno. Aun llena de alifafes, ahí está, presta a hacer el paseo; llena de esa pureza que le da la incertidumbre de la salida del toro primerizo, del que puede desbaratar y purificar todas las cábalas. El abril y el mayo toreros son magníficos a este respecto, porque la temporada no es unitaria. Luego toma un aire racional y más tarde rebosa cansancio y cordura. El toro acaba haciéndose colaboracionista, y más ahora; pero, ni aun ahora, sus primeras salidas dejan de poner otra vez la fiesta frente al matador, que aun no sabe qué le ha dejado el descanso de su oficio, de su arte o de su manonería, en su antiguo punto de riesgo, incertidumbre y fortuna. Así se presentan las cosas este año, como todos. He recibido una carta del apoderado de un matador de toros, en la que me expone puntos de vista muy interesantes sobre la dificultad inicial de esta temporada, agravada, según me comunica, con las que se derivan de los hechos siguientes:

1.º Que se ha dicho hasta la saciedad que este año no van a poder correrse toros por lo de la sequía, pastos, etc., etc.

2.º Que la Empresa de Madrid dice, en unas recientes declaraciones, que tiene en sus prados unas corridas de toros sin mácula de peso y edad.

3.º Que estas corridas se lidiarán en abril, mayo y junio, por los toreros "que no tienen padrinos" (sic).

4.º Que los críticos debemos juzgar a unos y a otros (los que pecharán y los que se reservarán para más fáciles enemigos), teniendo en cuenta todo lo precedente.

Yo creo que con lo que venía diciendo he concretado mi posición. Para mí, lo más interesante de la temporada es su comienzo, cuando se tiendan los rales sobre los que discurrirá luego con facilidad. Su comienzo, y en Madrid, donde, frente a otros defectos, la Empresa nos suele ofrecer toros de verdad, es un tanto a favor del que los torea en esta Plaza, que yo he cuidado siempre de apuntar, así como he disminuído el relumbrón de torear por ahí toros a los que les faltan edad y arrobas. Así, que por ese lado el comunicante puede estar tranquilo, y, en definitiva, los que con padrinos o sin ellos, porque yo no creo mucho en esas cosas, o, lo que es más verdad, con base taquillera o no para las exigencias, vengán a llenar con su presencia las fechas del antiguo abono, y frente a toros, pueden estarlo también de que su virtud o su obligación se les reconoce con simpatía y con buena disposición para la alabanza y para tratar de transmitir al público que lea todo este espíritu. Pero el público...

Con él terminaremos en la próxima nuestras crónicas del invierno.—EL CACHETERO.



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

# AQUEL TORERO ARAGONÉS

QUIZA no llegase él a soñar —hablamos de Florentino Ballesteros—, en la Concha de San Sebastián, cuando dejaba vagar por las lindes de las ilusiones su imaginación de chicuelo con ambiciones, en las noches tristes del hospicio aragonés.

El, que no pensaba sino en brillar, en sobresalir sobre los demás mortales, y para ello buscó en los volatines la puerta de escape, es posible que nunca se viese en aquel soñar despierto con este terrible aspecto de burgués en plenas vacaciones estivales.

Y, sin embargo, hele aquí, con sus dos hijos —un futuro torero sobre su rodilla izquierda—, su señora y el empaque de un ama de cría seguramente de las mejores crías gallegas. Hele aquí con su aire de hombre de negocios que descansa del ajeteo de la Bolsa junto a ese gran sedante verdeazulado que es el mar.

Todo —aun sin haberlo soñado— se lo ganó a pulso jugando a la muerte, vestido de oro. Y en una época tan dura —la edad de oro de la Fiesta—, él supo, echando el corazón por delante, hacerse un sitio junto a los mejores, que en aquellos tiempos eran muchos.

Junto a Herrerín, su primer contrario, y más tarde entre Joselito, Belmonte, Curro Posada, no a codazos, pues su arte era limpio, elegante, suave, sino con la limpieza y sencillez del que domina por entero su profesión, hizo que su nombre —hubo temporada en

que firmó sesenta y tres corridas— se tuviera en cuenta al confeccionar los carteles de feria de toda España.

Por eso está hoy ahí, junto a los ricos, en la playa de moda. San Sebastián lo cuenta entre los veraneantes que importan a la capital, porque la prestan el brillo de su nombre.

Y él —aquel chicuelo hospiciado— hoy sueña con aquellas ilusiones de su niñez que se han visto coronadas por el éxito y la tranquilidad que presta este conjunto familiar aburguesado, en el que el ama de cría pone un punto aristocrático.



MIENTRAS PASA EL INVIERNO

## ANTONIO PARDAL, APODERADO, CONSIDERÁ QUE LA FIESTA ESTA BIEN COMO ESTA



Los meses de invierno no son largos. Y el tiempo sobra para todo y para «todos» aquellos que, en plena tempora-

da de toros, conocieron el ajetreo y la actividad. El invierno se aprovecha para discutir, unas veces; otras, para legislar, y las ménos, para ponerse de acuerdo en problemas que hoy se nos antojaron fundamentales y que dentro de muy poco perderán ya actualidad. Este invierno, el tema han sido los toros —edad, peso y coste— y el encarecimiento de la Fiesta. Sobre esto se han dicho muchas cosas y sin que nadie —cientos han sido los interpelados— se haya puesto de acuerdo. Al final de cuentas, estos problemas no se han resuelto y las opiniones, dispares y contradictorias, no han servido para aclarar nada. Han hablado muchos y nos hemos enterado de muy poco los «pocos» que esperábamos algo de esta terrible y singular polémica.

Hoy llega a nuestra tribuna Antonio Pardal, hijo de Bernardo Pardal, Bomba, picador que estuvo a las órdenes de Mazzantini, Lagartijillo, Algabeño y Bienvenida.

Antonio Pardal, en su juventud, fué un buen novillero que toreó tres corridas en la Plaza de Tetuán con éxito, y tuvo la fortuna de matar dos toros sobreros en Zamora, y en la misma corrida, que torearon Gallito, Belmonte y Manolo Belmonte.

Pero los éxitos no le engañaron a Pardal. Y un buen día se convenció de que su vida no estaba emplazada en la Fiesta. Lo reconoció y se fué de los toros, sin pena y sin dolor. Este gesto voluntarioso le serviría después para mucho, porque Pardal, por su honradez y por su trabajo, se abrió paso en la vida. Y conoció muchas satisfacciones. Pero la Fiesta, aunque el tópico sea el mismo de siempre, es un veneno. Y aquel que corrió por los caminos de la Fiesta es difícil que no vuelva a recorrerlos de nuevo. Antonio Pardal, por no ser una excepción, volvió a la Fiesta de una forma activa. Y se hizo apoderado. Pardal, que administra a Morenito de Talavera, al hermano de éste, al hijo de Cagancho y al novillero Daniel Salas, es el apoderado más joven, ya que esta tempora-

da es la de su debut en la Fiesta.

Y como Pardal faltaba de ser interpelado, me apresuro a preguntarle:

—¿Cómo ve usted este asunto de los toros?

—Yo creo que esta temporada, los toros serán pequeños y que costarán más dinero.

—¿El toro pequeño no va en contra de la Fiesta?

—Modestamente opino que no. La afición se conforma con el toro, que muchos llaman pequeño, con tal que

el torero esté bien y haga faena, que, al fin y al cabo, es uno de los aspectos más interesantes de las corridas de toros. Por mi

parte, creo además que el tipo de toro actual va bien, porque el público lo que quiere es ver torear y no lidiar. Es decir, corrida a corrida puede comprobarse que el público pide siempre el torero y no aguanta al lidiador. Hoy se busca la conservación del toro para lucimiento del matador, que es todo lo contrario de lo que pasaba antes.

—¿Esto puede significar una decadencia en la Fiesta?

—En absoluto. Cada día va más gente a los toros; las Plazas son ya monumentales y se dan corridas entre semana. Lo que prueba que hay más afición que nunca.

—Usted, ¿de qué tipo de toro es partidario?

—Del toro bravo y de casta. Poco más o menos del toro que gusta al público que va a las Plazas a divertirse.

—Y de los precios, ¿qué opina usted?

—Creo en el encarecimiento de la Fiesta. Y no me hago ninguna ilusión respecto a hipotéticas rebajas, porque nadie quiere ejemplarizar a costa de sus propios intereses.

—¿Y si las Empresas...?

—¡Ah!, no. Las Empresas han visto que cuanto más dinero le cuesta el cartel, mejor defienden su dinero, porque el público de los toros es siempre espléndido y no regatea nunca dinero cuando se le ofrece un cartel con verdadero empaque. No, no; no es ése el camino. ¿No lo cree usted así?

—¿Entonces, no ve usted arreglo posible en el encarecimiento actual?

—No. Todos los arreglos exigen sacrificios, y mientras nadie quiera quitarse de lo suyo, el arreglo será imposible.

—Los valores taurinos que tenemos, ¿son suficientes para mantener la afición?

—Considero que son suficientes.

No me he creído en la necesidad de añadir una palabra más a sus palabras.



Antonio Pardal en su paseo por las calles madrileñas

CRUZ ERNESTO FRANQUET



XEREZ-QUINA

EL APERITIVO  
QUE TONA  
TODO  
EL MUNDO



VALDESPINO  
JEREZ

ACEYTE YNGLES



PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

C. S. 180

## Cada siete días, una vara

En Méjico se han suspendido las corridas en días laborables

YA llevábamos una larga temporada sin que la Agencia, desde el otro lado del Atlántico, nos suministrase noticias sabrosas, de esas que generalmente se suelen comentar por sí solas. Y, la verdad —aunque otra cosa crean ustedes—, no lo sentíamos. Porque aunque siempre nos suministraban el material fácil para esta columna semanal, nosotros siempre hemos preferido que la cordura y la buena razón campeen por el mundo, aunque el mundo esté muy lejos y el asunto apenas si pueda referirse al medio en que nos desenvolvemos.

Llevábamos, como decimos, mucho tiempo sin que la entrapellu llamase a las puertas de nuestra Redacción. Y ya casi estábamos convencidos de que el buen sentido había sentido sus reales por aquellas latitudes, de que las cosas se desenvolvían dentro de la mayor normalidad, cuando, sin preparación, nos sorprendió como una bomba un telegrama fechado en Méjico el día 3 del actual.

Mudos quedamos durante algunos minutos ante el hecho que nos llegaba en el papelito de seda de la Agencia, porque la cosa no era para menos.

Y si no, juzguen ustedes:

El Gobierno mejicano ha prohibido las corridas entre semana, para evitar que sus súbditos gasten el dinero en estos espectáculos.

Comprenderá el lector nuestro estupor ante la noticia. Y también podrá darse cuenta del susto que siguió a nuestro asombro. Porque si esto se extiende, si nuestras autoridades se hacen eco de tal actitud, si toman en cuenta esta postura y analizan el caso en nuestro terreno, podrían ocurrir muchas cosas.

Una de ellas es que aquí tampoco hubiera corrida en día no festivo.

Otra, que en los días festivos también la suspendieran.

Y la última, que determinasen que las de los domingos cesasen igualmente.

Porque solamente con las de los domingos —si los precios siguen el camino que el año pasado, y creemos que van a superarlo— ya sufre el bolsillo del aficionado una merma tan considerable como para que se llegase a tomar medida tan beneficiosa para el equilibrio económico de cualquier hogar.

Pero si esto no llegase a suceder, si los domingos hay festejo en las Plazas de España, no creemos que sea necesario suspender las corridas entre semana.

Y no lo creemos porque, como ya hemos dicho antes, la cartera del aficionado va a sufrir tanto, que cuando llegue el jueves no va a tener fuerzas para volver a las andanadas.

Es decir, que va a estar hecha pólvora.

Y las corridas de los jueves se van a tener que suspender ellas mismas.

O irán solos los matadores.

## La señal del alguacilillo



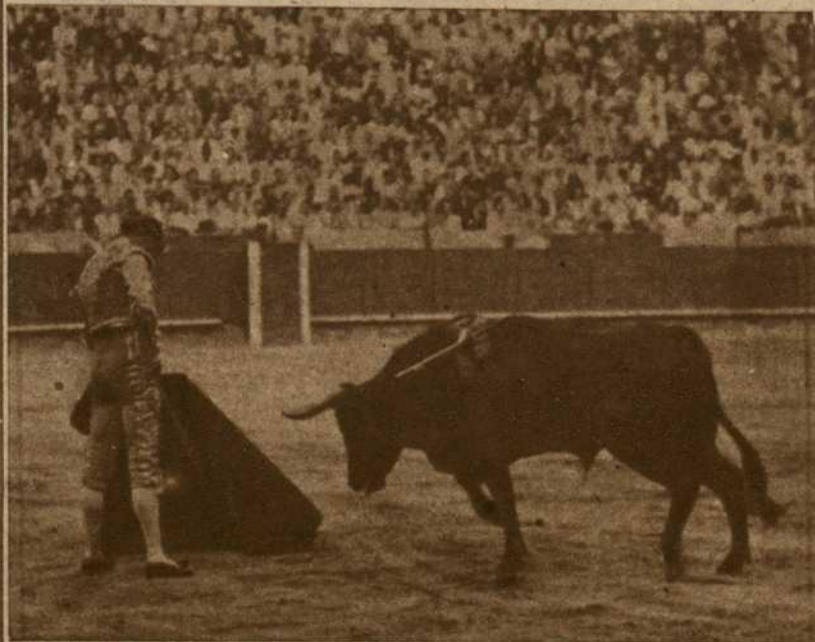
Siempre nos han gustado los alguacilillos. Esa salida buya a galope tendido, como si fueran a llegar tarde; ese caracoleo de sus caballos y esa apostura suya como jinetes, nos han conmovido desde la primera vez que vimos una corrida de toros.

Por otra parte, su figura decorativa, los bigotes con que generalmente suelen adornar su rostro, nos parecen insustituibles para el colorido de nuestra fiesta. Por eso, hoy nos complace dar a éste en pleno uso de sus funciones. El está señalando algo que está mal. Y lo está haciendo con tal fuerza, con tal prosopopeya, que es de suponer que si algo no salía como es debido, inmediatamente se rectificaría.

Claro está que para tomar esas determinaciones los alguacilillos deben de saber mucho de toros. Y decimos esto en este tono dubitativo porque hasta la fecha nosotros no nos habíamos dado cuenta.

# ¡ PARA LA SOMBRA Y el SOL!

## Luciano Cobaleda



El gran novillero puntero que, en plena sazón de su arte, conseguirá en 1946 escalar la cima de la gloria, por su arte depurado y sobrio, en un muletao, quieto la planta y erguida la figura, para dibujar el clásico-pase natural

## Una anécdota a la semana

### No es lo mismo ¡que lo dejes, dicen! que ¡Déjalo, Juan!

FUE en los tiempos en que Lagartijo era dueño y señor de la afición. Lo que no quiere decir que el público no le chillase cuando llegaba el momento, seguramente con más furor que a cualquier otro espada.

Lo que vamos a contar sucedió en la Plaza de Toros de Madrid, en una corrida en la que los toros no pusieron todo de su parte. Es decir, que salió una corrida de seis bueyes, en vez de seis toros.

Ya había pasaportado Rafael Molina el primero de los suyos como Dios le dió a entender, sin que el público, que se dió cuenta de la clase de ganado, levantase mucho la voz. Pero llegó el segundo, cuarto de los burros ilidiables que salieron, que traía, además de la ya anotada «cualidad», unas intenciones de las que clásicamente se ha dado en señalar como las de un miura.

Sacando fuerzas de flaqueza, Lagartijo comenzó a pasarle de muleta con grandes precauciones, y siempre ayudado por su peón de confianza —hermano suyo—, que era notabilísimo y sabía del arte de Cúchares cuanto se puede saber.

Pero he aquí que el público se empieza a cansar, y, por protestar de algo, chillá contra la ayuda que el hermano prestaba al espada.

Ante esta gritería, Rafael se dirigió a su hermano:

—¡Juan, que lo dejes, dicen!

Sin embargo, el peón, siguiendo la buena costumbre de todos los peones del mundo, no hacía caso a su maestro y seguía metiendo su capote oportunamente.

Pero el público continuaba «tronando», y como la gresca amenazaba seriamente, Rafael volvió a repetir a su hermano:

—¡Juan, que lo dejes, dicen!

Entonces, Juan, tímidamente, se fué del lado de la res, y entonces, Lagartijo, echando mano de sus recursos de gran lidiador, de sus habilidades, atacó al bucy como pudo, y a paso de banderillas, le atizó una estocada que dejó al toro para el arrastre, calmando las iras del público.

Cuando, sudoroso, llegó Lagartijo a la barrera, después de dejar los estoques se fué en busca de su hermano, al que, un tanto amosado, le preguntó por qué se había retirado, dejándole solo con aquel «malage» de bicho. Y como el peón contestase que no había hecho sino obedecer a su mandato, Lagartijo le replicó rápidamente:

—Pues para que no vuelva a suceder, te voy a decir una cosa: Cuando yo te grite: «¡Juan, que lo dejes, dicen!», no me haces caso, porque no soy yo quien lo dice, sino ellos. Pero si yo te digo: «¡Déjalo, Juan!», te retiras, porque entonces sí que soy yo quien lo dice. ¿Estamos?



**SE HA INAUGURADO LA TEMPORADA**

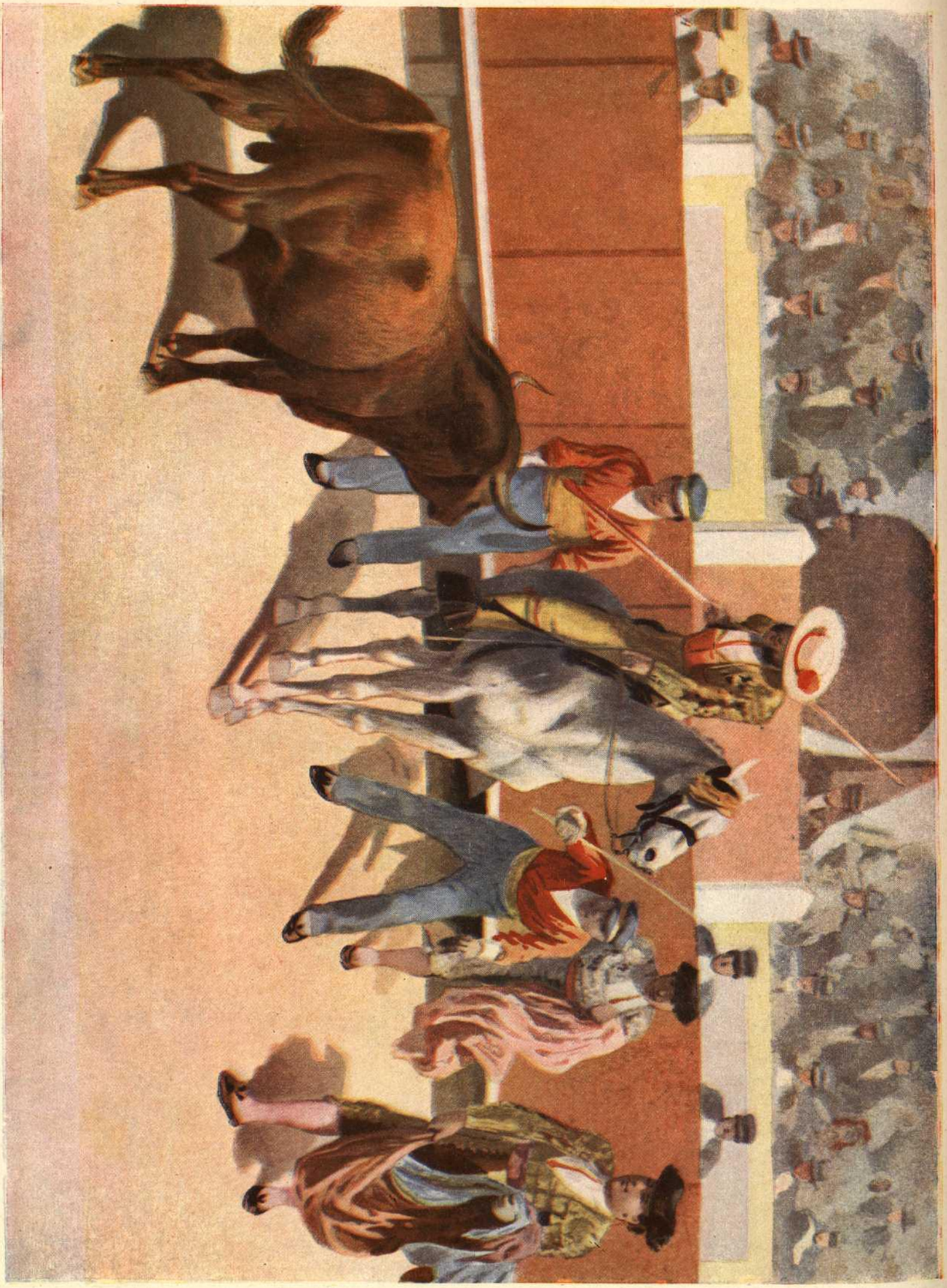
**Antonio Márquez, en la plaza de La Pañoleta, de Sevilla, iniciando la faena de muleta a su segundo novillo (Foto L. Arenas)**



ENRIQUE  
SEGURA

Cogida de Angel Pastor  
(Dibujo de Enrique Segura)





Cite a la suerte de varas  
(Dibujo de Perea)